

Constantino Fedin

ciudadanos
50 años

NOVELA RUSA 1914-1922

375

25%
80 Ctas.
USA 65

EDICIONES BIBLOS
Madrid

LA NUEVA ESPAÑA

1930

Resumen de la vida artística española desde el año 1927 hasta hoy

por
MAROTO
con 75 grabados

EDICIONES BIBLOS MADRID

León Trotski

¿Adónde va Inglaterra?

GABRIEL ARCA
MAROTO

60 dibujos, grabados y pinturas
con una autorítica y diferente opinión
sobre el arte de este pintor

25%
80 Ctas.
USA 65

EDICIONES BIBLOS MADRID 3.75

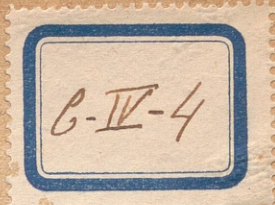
25%
80 Ctas.
USA 65

Ediciones BIBLOS

MADRID



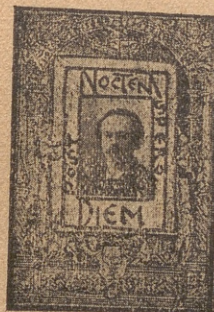
74-65-14



Nervios de la Raza

POE

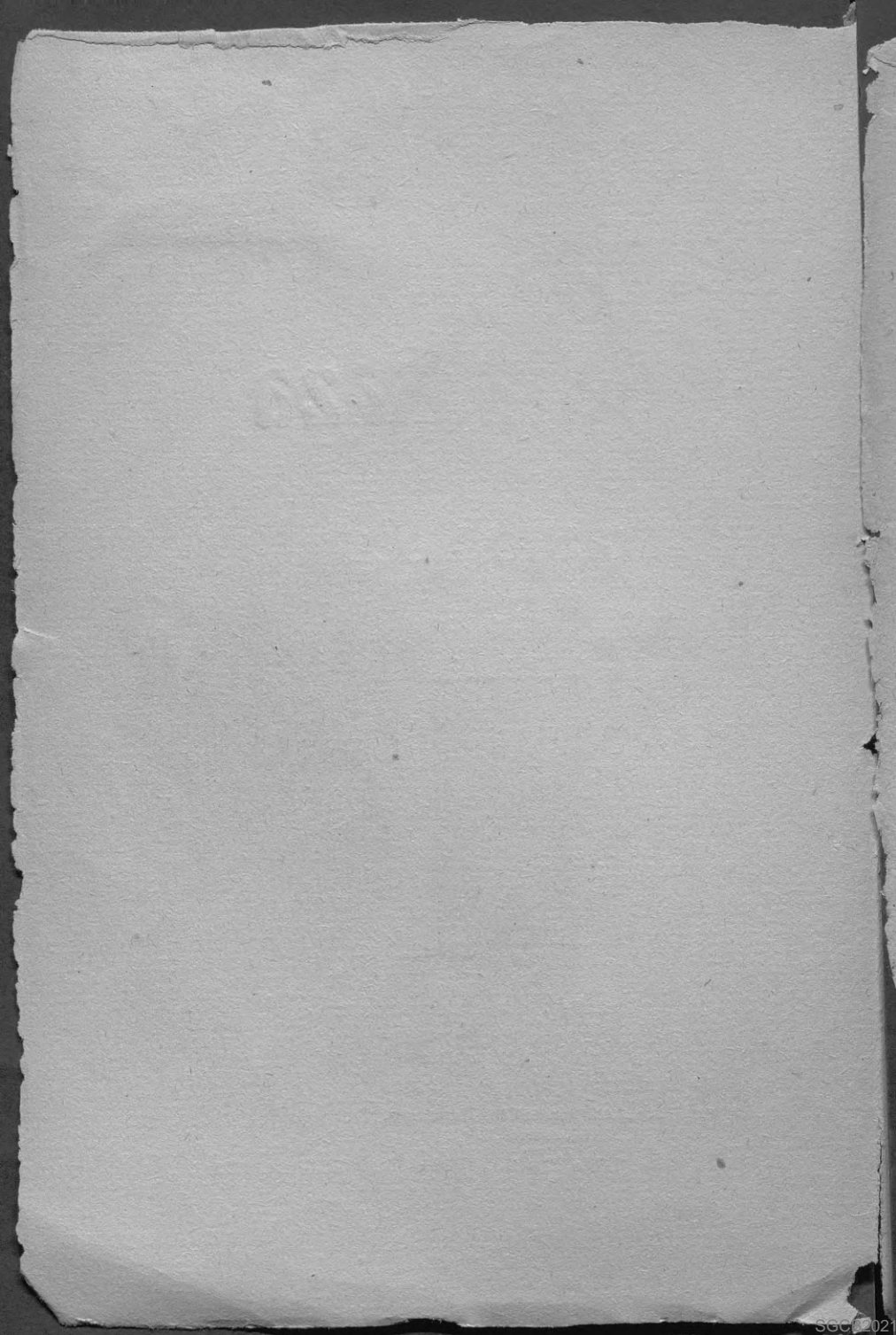
EUGENIO NOEL



MADRID

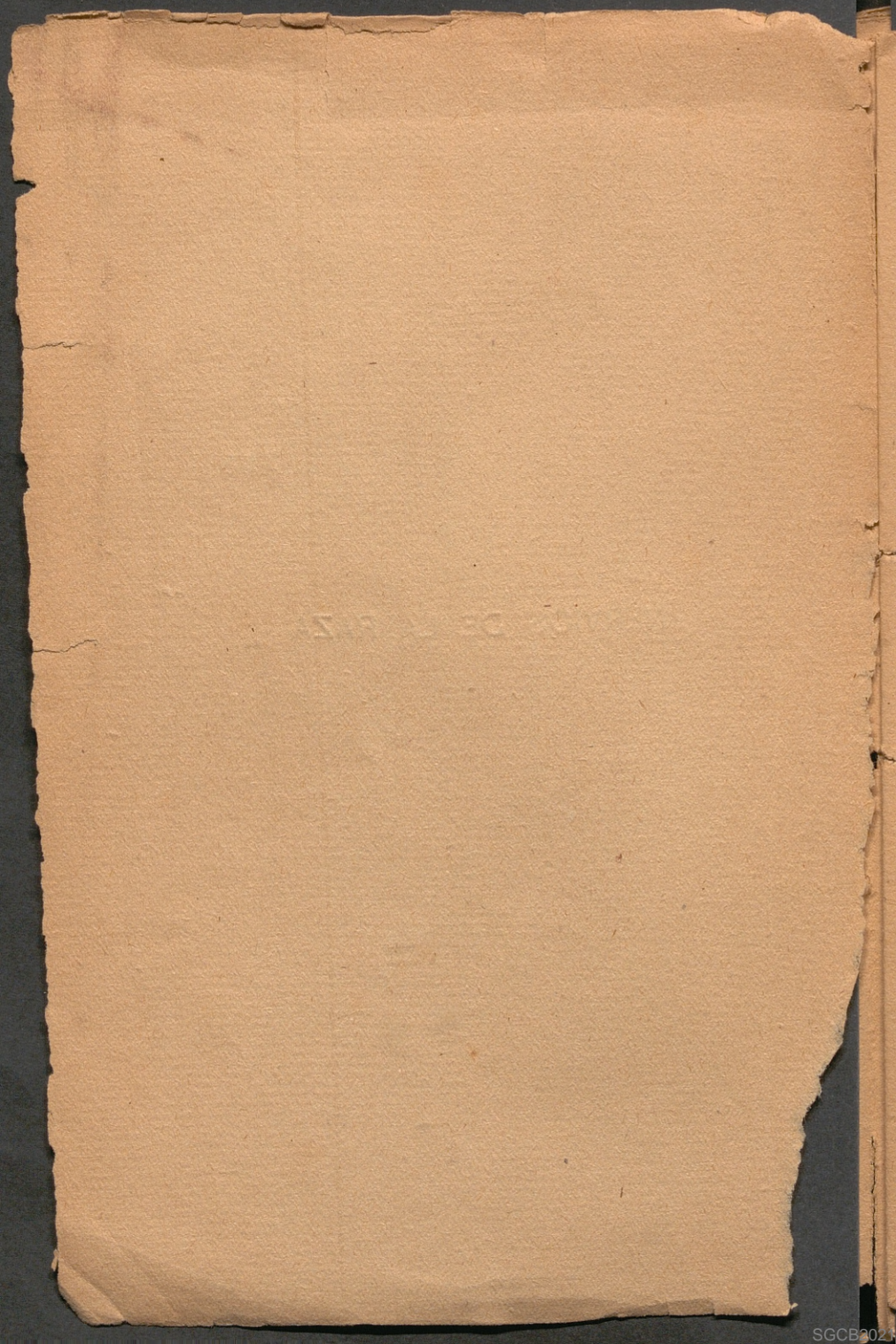
Imp. Artística de Sáez Hermanos,
Montserrat, 7.

1915

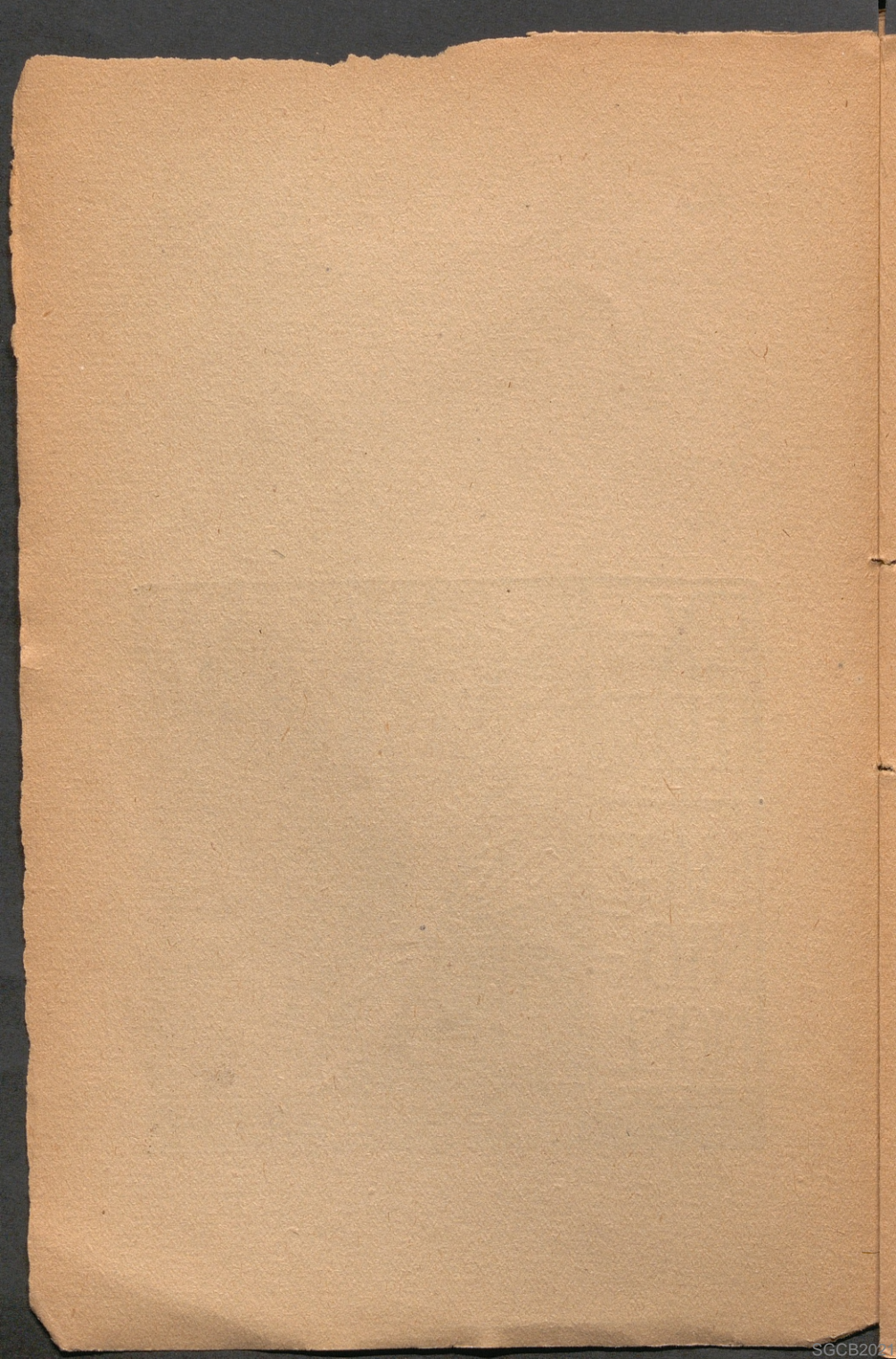


FUNDACION
JUAN JOSE
N.º INVIG. I. I. 358

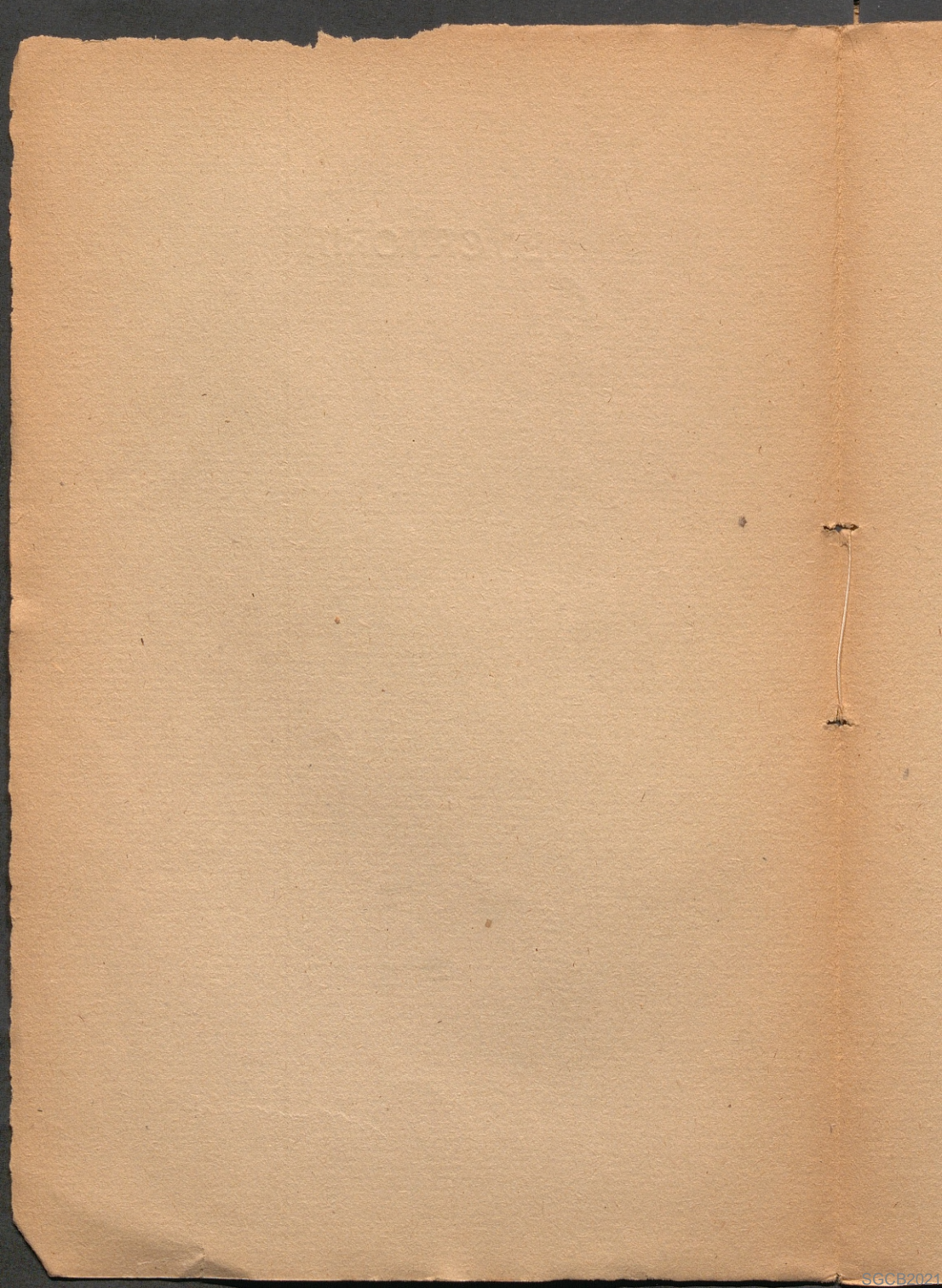
NERVIOS DE LA RAZA







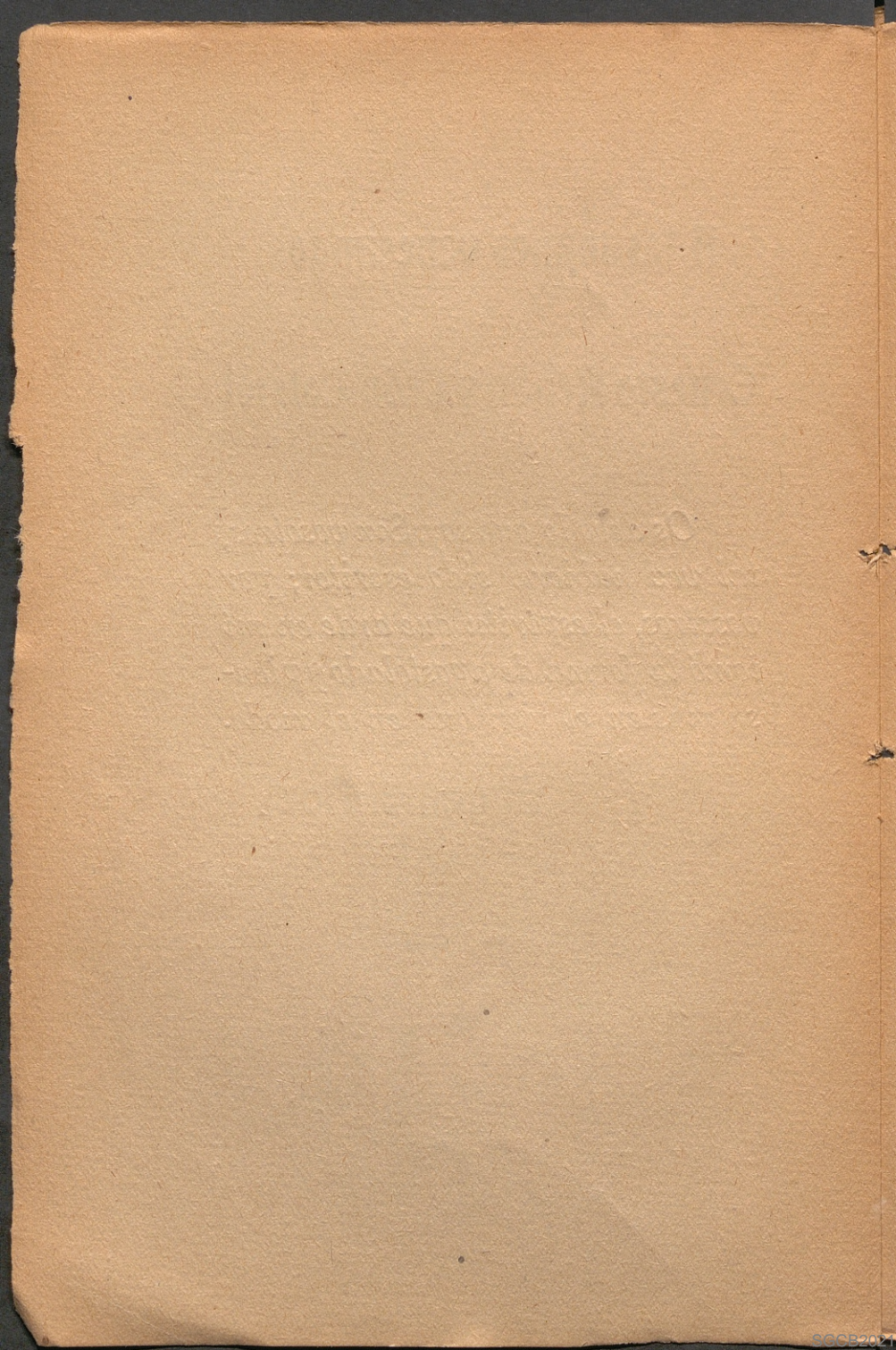
DEDICATORIA



A los manes venerandos
de
Ernesto Renán y León Tolstoi

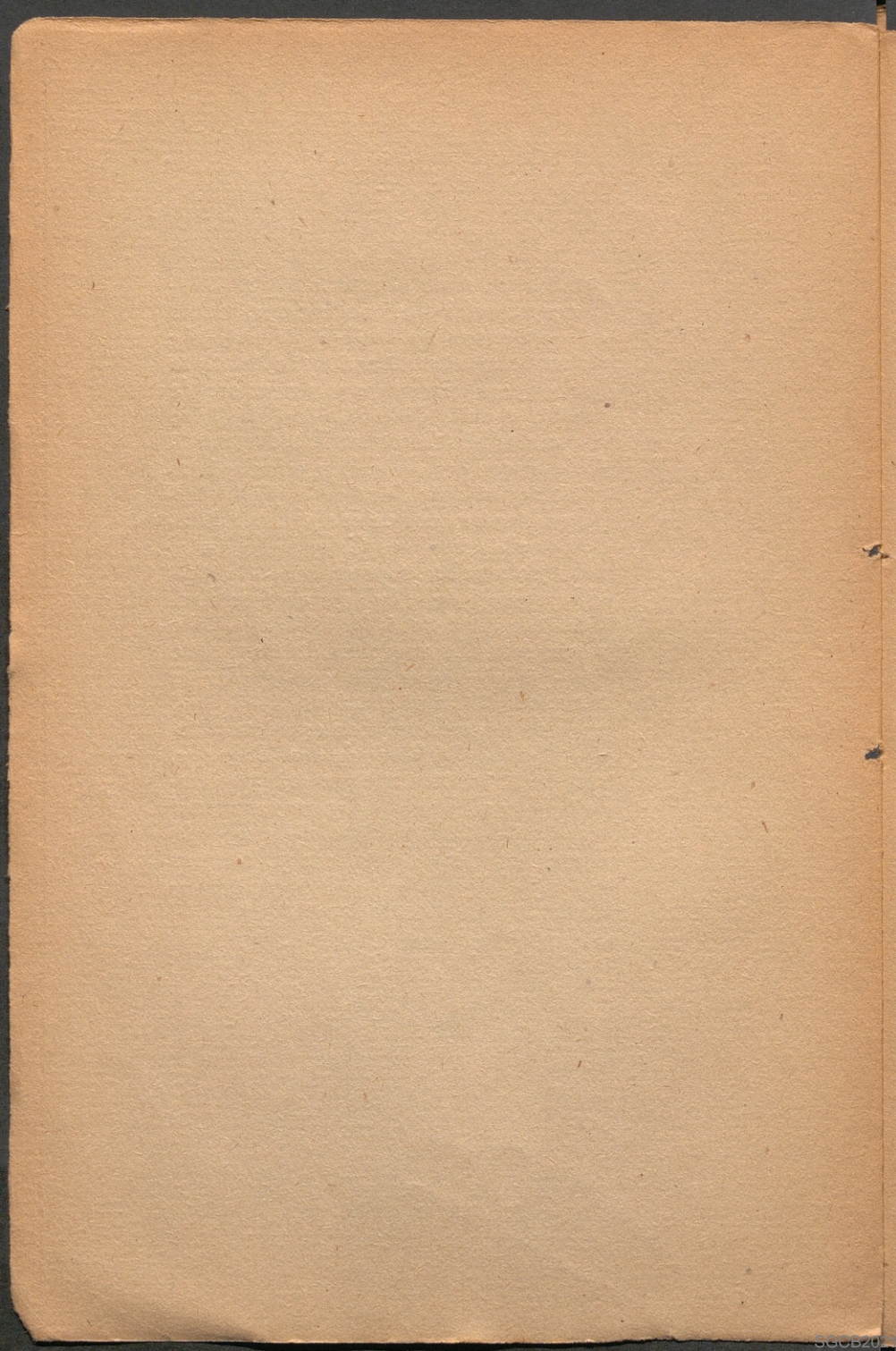
*Os debo lo que soy. Sin vosotros,
tal vez hubiera sido escritor; por
vosotros, el espíritu que arde en mí
tomó la forma de apostolado y pien-
sa más en el bien que en el modo.*

Eugenio Noel.



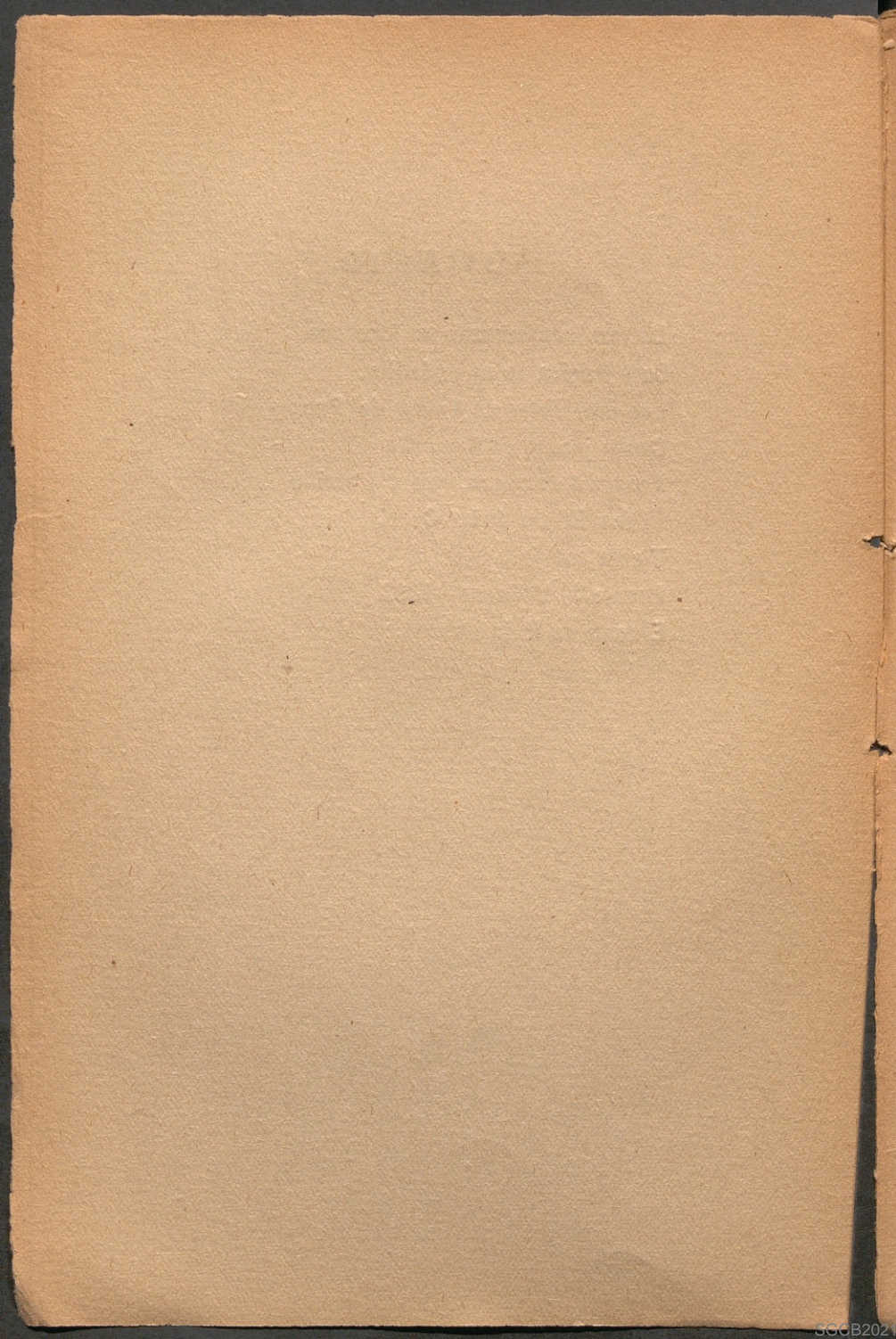
1915

Creo contribuir al estudio del alma nacional con estos dibujos á la pluma hechos entre los azares sin nombre de una activísima campaña. Nervios de la Raza llamo á esos trazos míos y nervios son de nuestro espíritu desequilibrado, histérico é incorregible. Adoro mi Patria y puedo sostener con orgullo que en estos últimos años ningún joven de mi generación — tengo veintinueve años de edad — ha trabajado por ella como yo. Calumniado, impopular, solo, pobre, supe vencer el obstáculo repugnante de la indiferencia ó de la envidia que produce á los perezosos todo movimiento. En el espléndido aislamiento con que me honran mis compañeros he logrado fortificar mi corazón; y su silencio, que tantos triunfos editoriales me ha restado, duplicó el esfuerzo de una labor que, cuando se conozca, tal vez produzca respeto. Mas mi Patria, á la que sacrificé muchas y no pobres cosas, no puede pedirme que mienta; é implacable con sus vicios, la digo en este libro recias verdades.



SUMARIO

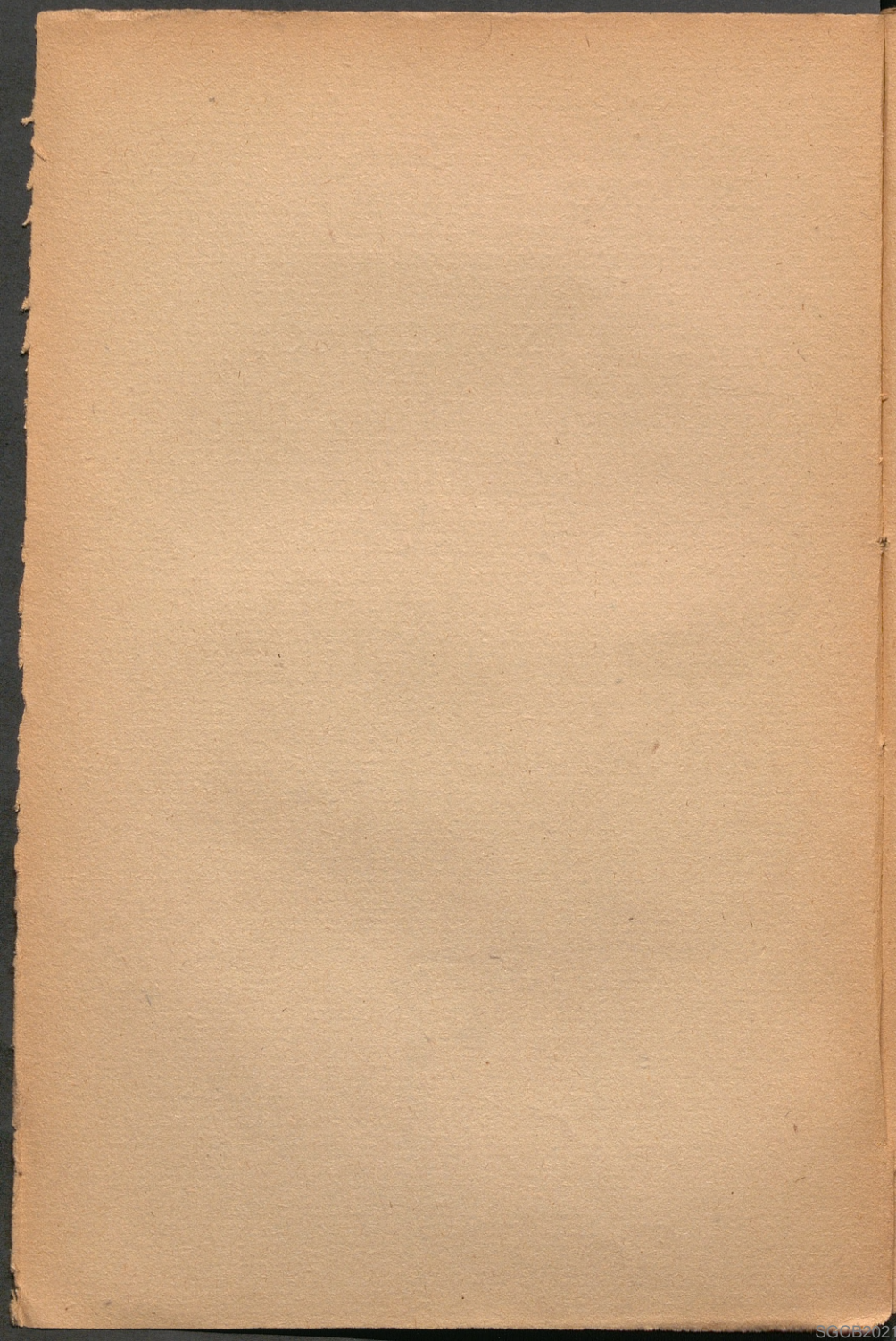
- Un toro «de cabeza» en Alcorcón.
Cura trágica de un maletilla.
Los caballistas de Arroyo del Puerco.
Capea jocosa en Segurilla.
Acuarela en negro, rojo y amarillo.
El desafío del Señor Cura.
Tierra cocida.
Puente de Vallecas—1898.
El tonto de Majadahonda.



UN TORO

“DE CABEZA”

EN ALCORCÓN



Un toro "de cabeza"

en Alcorcón

«La fase morular del embrión es análoga á las colonias de cenobios y la de gástrula á la que presentan los pólipos; y como en el embrión la mórula es anterior á la gástrula, se deduce, y ello es una realidad, que los pólipos son formas orgánicas más perfectas que las de cenobios».

(Sencilla verdad de la Metamorfología).

I

Hace muchos siglos Madrid se llamaba Miacum, el cerro de San Isidro estaba muy poblado y el arroyo de los Meaques, que hoy riega la Casa de Campo, era un gran río. Alcorcón no existiría, ni sus célebres botijos tampoco, si el río, al convertirse en arroyo, no hubiera previsto la necesidad de refrescar el agua que tendríamos en nuestro prosaico tiempo. Gracias, pues, á ese arroyo, cuyos berros son los

mejores del mundo, Alcorcón es un pueblo famoso y sus barros tan conocidos como los berros. Líbreme Dios de comparar su loza tosca, siquiera con la de Paterna ó Manises; pero hay que sostener muy alto que nada tiene que ver con aquellas «groserías de tierra» á que aludía desdeñosamente don Felipe de Guevara, gentilhombre de boca del Señor Emperador Don Carlos V, y, que, honradamente, habría de soportar la presencia de los barreños zamoranos de San Román de los Infantes, las jarras de Andújar y la loza encarnada de San Isidro, como el vino de Méntrida resiste la compañía de un pellejo de Valdepeñas.

Arcilla digna de respeto por su edad venerable, proximidad á la Corte y su destino sumamente práctico, no hubiera llamado, sin embargo, mi atención, si de aquel humus ó mantillo carpetano que creó al alcalde de Móstoles rival de Napoleón, Dios no hubiese formado á un hombre cuya cabeza capaz era de volver loco á Olóriz y Lombroso, á Nicéforo y Marey.

El mismo fué quien, por desconocer la frase de Cervantes—«la alabanza propia envilece»—, me dijo, señalando su cráneo.

—Toque aquí y verá lo que es bueno.

Palpé su cráneo desde el ofrio á la glabela; las eminencias parietales; el inión; el vertex; el bregma; desde las suturas frontales á los

cóndilos del occipital; y aquella bola microcéfala me pareció, á ojo de buen cubero—que diría Sergi de haber nacido en España—, un pedazo de plomo incapaz de contener mil gramos de masa encefálica, ni de resistir el psicómetro de Hipp.

Y, como Dios, vi que aquella obra suya era «buena» de veras.

—¿Qué le parece?, me preguntó, radiante de orgullo.

Me parecía tan bien que volví á palpar, examinando minuciosamente. Por no cansaros con nombres raros pero que son insustituíbles hasta en literatura, os diré, á escape y como sobre ascuas, que aquel cráneo presentaba un occipucio vigoroso y caído; tendencia del encefalo á esa forma en la que los elementos nobles del tejido nervioso no hayan superficie bastante para asentarse; violentas las curvas de la norma lateral; en una palabra, un cráneo microcéfalo, de aspecto desagradable, al que se unía una cara larga, llena de picardía é interrogaciones morfológicas y morales. Aquellas paredes debían tener un espesor espantoso y como el héroe de Mark-Wain una bala de revólver caída sobre su cráneo desde un quinto piso no pasaría del tejido adiposo capilar y podría recogerse como un grano de arena proyectado en un poro.

Volvió á preguntarme, sonriendo:

—¿Eh, qué tal?...

—Que antes de moriros debíais vender vuestra cabeza. Os la comprarían á buen precio; es un bloque de cinabrio.

Pareció agradarle mucho mi afirmación, aunque no debía entender una palabra. En sus ojuelos temblaban las lágrimas de la risa, porque era uno de esos hombres extraños que lloran cuando se ríen; y, entonces, se reía de satisfacción.

—Pues aquí donde me ve... no abuso.

No le comprendí y él se explicó.

—Cabezazo que yo dé á un hijo de su madre es el «santóleo».

—Así lo creo, respondí yo.

—Con poco de carrerilla que tome abro boquete en una pared más gorda que un hombre.

—También lo creo. Y cuando muráis—y ojalá tardéis mucho—no olvidéis regalar el cráneo á los internos de San Carlos en el Hospital Provincial de Madrid.

—¿Vale, eh?...

—Oro, amigo, oro puro; una perla negra de Ceilán. El espesor de esos huesos debe ser de doce milímetros, aunque no os enorgullezcáis mucho porque hay anomalías excesivamente mayores.

—¿Y el tener gordos los huesos es malo?

—Como malo... no... Alguna sobreactividad perióstica, enfermedades de la vida fetal,

anormalidad hereditaria... bah, cualquier cosa; nada que os pueda preocupar.

—Estoy casado, me dijo, siguiendo quizás algún pensamiento interior suyo.

—Os felicito. Diós dijo que no era bueno que estuviese el hombre solo.

—Y estoy deseando verme libre de mi mujer.

—Eso es grave.

—Muy grave. Cuantos más disgustos la doy más gorda está. Ahora quiero darla uno que se vaya á pique con «todo el equipo».

Tuve que sonreirme por hacer algo, pues aquel «niño» dijo esto con la misma tranquilidad que había dicho lo otro.

—Habláis en broma.

—Yo no hablo en broma nunca. Tengo la cabeza dura.

—Ya lo he visto.

—Y he decidido que reviente de un susto.

—¡Atiza!

—Y de un susto verdad, no como esos que dan á los que tienen hipo.

—Hombre, sería un delito y no está bien; francamente, no está bien.

—Aquí donde me ve usted soy la envidia de Alcorcón. No hay por ahí quien no esté diciendo que le convendría tener mi cabeza. Únicamente á mi mujer no le gusta.

—Volví á sonreír y le argumenté...

—¡Cómo habría de gustarla! Tal vez presienta que...

—¡Pero si ella tiene la cabeza más dura que yo, hombre de Dios!

—¡Acabáramos!

—¿Ha visto usted pelear dos carneros?

—Sí.

—¿Dónde?

—Hombre, por ahí... no recuerdo bien.

—Dos carneros machos de Valquejigoso ó Navalcarnero ..

—No, no les he visto.

—Es lástima. Mi mujer y yo peleamos con la cabeza y estamos tres horas frente á frente, las manos en las caderas; y ni ella ni yo retrocedemos un paso, aunque sudamos tinta como los fogoneros.

—¡Qué barbaridad!...

—¿Verdad que sí? Toque, toque otra vez y hágase cargo...

Y con miedo, toqué una vez más.

—Sí, es una cabeza, dije en tono doctoral, una señora cabeza.

Examinándola, pensaba en Olóriz, el inmenso Olóriz, en su informe notabilísimo, «Estudio de una calavera antigua» (1).

—¿Y qué piensa usted hacer?, le pregunté por decir alguna cosa.

(1) B. de la A. de la H.—XXXI.

—Algo que no se haya hecho nunca. Algo que sea muy español, muy nuestro y que venga luego en los periódicos.

Reí una vez más para no confesar que estaba ya harto de oírle, aunque, en verdad, no de verle.

—Mañana es la fiesta aquí.

—Sí, ya lo sé; lo inevitable; una capea; con picadores, según me han dicho.

—Pues quédese usted y verá lo que no ha visto nunca nadie.

—¿Un crimen? Su pobre mujer...

—... muerta; pero del susto que la voy á meter en el cuerpo.

—Va usted á torear, pues.

—¿Yo? Yo soy yo. Le he dicho que pienso realizar lo que nadie ha imaginado siquiera desde el principio del mundo.

—¿Con la cabeza?

—Con la cabeza, señor mío; ha acertado.

—Entonces ya adivino y le ruego no lo intente. Va usted á picar... ¿Verdad?... Vaya con cuidado que para picar se necesita tener algo más fuerte que la cabeza de usted.

—¿Qué se necesita?

—No tenerla.

—Eso es una tontería; y perdone, que no le quiero ofender. Yo no quiero montarme en un jamelgo escuálido. Aunque tengo la cabeza dura, amo los animales domésticos.

—Entonces no insisto, me confieso vencido y le vuelvo á rogar no intente nada que le produzca perjuicio grave.

—A mí, no; á ella.

—Ni á ella.

—Ni á ella, ¿eh?... Del «patatús» que la va á dar, no sale ni con el bálsamo de Fierabrás. Usted no me conoce todavía.

Se quiso despedir, titubeó y por fin me dirigió esta extraña y peregrina interrogación:

—¿Sabe usted algo de Historia de España?

—Regular, le dije yo bromeando; los nombres de los reyes godos; lo del caballo blanco en Clavijo; el tributo de las Cien Doncellas; el pastor de Las Navas; las lágrimas de Boabdil el Chico; lo de la camisa de Doña Isabel...

—¿Pero sabrá quién fué Almanzor?...

—¡Hombre, ya lo creo! Mohammed ben Abdalá ben Abi Ahener, apodado por sus victorias, Al-mansur billah (ayudado por Dios), y querido de una vascongada, la sultana Sobh (aurora); el capitán más grande que ha existido desde Filipos hasta... Hindenburg.

—Bien; pues yo he leído, no sé en dónde, que mandó enterraran consigo, cuando muriera, una cajita donde guardaba el polvo que recogía su ropa en las batallas.

—Muy curioso.

—Pues en una cajita semejante voy á mandar recoger las cenizas de mi señora... mañana.

II

Una capea con picadores es un espectáculo macabro; pero con un poco de imaginación resulta lírico. Descartado todo sentimentalismo llorón con aquello de que en todas partes cuecen habas — «tutto il mondo é paese», dicen los italianos —, resta el recuerdo de la edad de oro, cuando los españoles tenían por característica «su omnimoda confianza en la fuerza» (1). Entonces, en aquella Plaza Mayor, de Gómez de Mora, discípulo de Herrera, los Caballeros rejoneaban toros fieros del Jarama. —«Hasta las aguas de este río han degenerado, pues ya no hacen fieros los pastos». —Hoy, en las plazas Mayores de los pueblos, salen caballeros sobre caballos que sólo un alma melancólica puede sufrir sin irritarse. ¡Oh, conde de la Velada! Oh, marqués de Cantillana!... si os viérais imitados después de tantos siglos!... ¿qué haríais?... Seguramente que estos no necesitan del «Estilo de torear y jugar cañas», por Don Andrés Dávila y Heredia. Montan un

(1) «La Filosofía del Derecho en el Quijote», por D. T. Carreras y A-tau. 1915. Gerona. Págs. 284-6.

caballo incalificable é incatalogable, una especie nueva, quizás el período número trece de aquellos doce que los sabios paleontólogos reconocieran como otras tantas evoluciones de la raza caballar desde el padre de todos, el «Hyracotherium». Y ellos mismos son monstruos de fábula, apariciones, brucolacos, jorquinas, cuya sola vista espantaría á otra raza que no estuviera, como la nuestra, rematadamente loca. Pero ya he dicho y vuelvo á repetir que es un consuelo recordar en ellos nuestros héroes legendarios del valle de Baza, ó los campos del Garellano, ó las esclusas del Escalda.

Son cuatro los piqueros, los cuatro están en una misma calle, y «llenan la calle con sus resplandores». En los balcones las mujeres ataviadas para la corrida los miran con asombro. Se oyen los acordes metálicos de una banda mercenaria que desgrana por el pueblo la «granada de la alegría». Si no habéis comido alguna vez esos granos, no sabéis cómo se encalabrina la sangre, cómo los hombres más serios «se marcan» posturas agarrapiñadas, y cómo esa sangre, envenenada de insólito heroísmo, pide á gritos vino á cántaros. Desde la mañana la gente vive en las calles. Allí se visten, comen, charlan por los codos, estallan de gozo por las junturas. Los hombres vivaquean á las puertas de las tabernas formando grupos encantadores, en los que explotan

como cohetes risas multicolores y estrepitosas.

Los chiquillos trazan un nuevo corro en torno de ellos y corean ó escuchan con gentil impertinencia. Los mancebos «medidores» se escurren como anguilas entre los clientes, enorme bandeja chorreante de agua en las yemas de los dedos de una de las manos y un frasco de vino en la otra. ¡Oh, medidores de Alcorcón, Métrida, Arganda, Torreledones, Vallecas, Colmenar Viejo y Colmenar de Oreja!... ¡Quién tuviera un cálamo de oro para inmortalizaros como merecéis!...

¿Quién puede coger, de una vez, del mostrador típico de zinc una ronda de veinte vasos escurridizos, sepultarlos en la gran vacía, volverlos á sacar relucientes y limpios, alinearlos con ritmo armonioso uno á uno é irlos llenando de rica sangre de uva, sin que se vierta una gota, sin que tenga cantidad mayor uno que otro, produciendo á compás con el reborde del frasco, en el aro cristalino de los vasos, conciertos acariciadores?...

¿Y aquella manera inenarrable de dejar el frasco en cualquier parte, con estrépito y sin romperse, limpiarse las manos en el peto del mandil á rayas verdes, meter los dedos en los veinte vasos sin rozar con las uñas el precioso y transparente líquido é ir sirviéndolas con la misma mano, tan veloz y guapamente que cuando uno ha bebido y dejado las heces de

rigor ya está otra vez el vaso en su dedo correspondiente; y, no ha acabado el último consumidor, cuando aquel Hebe macho, en quiebros y boleos de subidísimo valor majo, vuelve los vasos sobre el embudo—allí á propósito para tan sagrado menester—con juego milagroso de muñeca y pulso, y vierte los residuos y baja á la bodega y sube otro frasco precisamente con ellos y limpia de nuevo los recipientes y de nuevo sirve y vuélvense á beber unos lo que otros dejaron, como buenos camaradas?

¿Quién pudiera también, de saber escribir, quién pudiera cantar ¡oh bebedores! aquel arte vuestro en el beber que nadie ha puesto en rimas ricas, aquella manera insuperable de recibir el vaso como se caza una mosca y oprimirlo suavemente con el pulgar y corazón, y echarse atrás á manera de quinto en corro de rancho pero con elegancia mefistofélica, sacudiendo el líquido y braceando desde el codo, é inclinar la cabeza sin bajarla, y poner los labios en los bordes á estilo de monja zalamera y sorber nada más que un buche ó trago, como mandan los cánones?

Hay que ceñirse el traje, amigos. Ya el vinillo en el cuerpo serrano hay que aprovecharlo bien. ¿Qué rara droga echarán á ese vino ó qué alcaloide ó ácido puso Dios en las vides manchegas que el primer efecto que produce es

abrocharse la chaqueta á lo torero? Y, una vez ajustada, se acabaron las penas. Allí, en Alcorcón, no sufre «ni Dios». Se «ordena y manda» que, durante aquel día, las almas vivirán la felicidad de los justos. Y así es, sin hipébole. Borrachos de vino ó borrachos de dicha, marchosillos ó patanes, veis á todos bracear, dar cadera, marchar hacia la Plaza improvisada con aires de haber comido gloria en tortas y cachos de cielo y gajos de luz. El pantaloncillo de los chulapos madrileños triunfa. ¡Está tan cerquita la Cortel! ¡Y sienta el demonio de pantalón tan bien!... Como que lo enseñáis todo, compadres; y, una vez embragados, parece que dan ganas, mirándose, de alzar los brazos con «busilis» y «aque!» y marcar con los dedos cinco verónicas sin enmendarse que son el descacharramiento... ¿verdad?

¡Por vida de Dios!... que nunca sentí tanto como hoy no saber traducir á letras estos movimientos y estas masas caminando á su Acrópolis. Vinieron de Madrid; pero de ese Madrid viejo y bajo que es ambrosía pura; en cuya sangre, observada en el Laboratorio Municipal, están los microbios del agarrao, de las juergas sordas, de la obsesión pasional y el poco discernimiento. Vinieron de Alamin, de Almorox, de Rincón, de Alberche, de Villaviciosa, de Navalcarnero, de los barrios de los Campamentos y de los Carabancheles, de Ge-

tafe, de los dos Villaverdes; y no podéis imaginaros qué simpaticona es la gentecita esa, barrios extremos de Madrid aunque no lo quieran, descendientes de aquellos carpetanos de la Mantua de Tolomeo, que Roma temía como á la peste.

Los picadores son agasajadísimos. Hacen estaciones en todas las tabernas porque lo quiere el pueblo soberano y porque, según parece, lo quieren ellos también. Mal andan de sesera; pero si no bebiesen ¡cómo darse la ilusión de montar en caballos! ¿Caballos... aquellas osamentas pardas donde la Muerte renunciaría á cabalgar?... Y todavía... colea por allí y no los deja ni á sol á ni sombra, un gitano zanguango y sietemesino con más roña que escamas un besugo, el cual no cesa de recomendarles sus... «prendas». Es el chalán de los jamelgos, el rematante en la subasta de abastecimiento de caballos para la corrida. Los picadores exigen que «sude parné» si quiere que le defiendan los pencos y él los mira, como si los viaticara, con sus ojos negros que parecen la boca de un toril abierto. ¡Pues no son nadie los picadores!... ¡Osúl que dicen tras Despeñaperros. Se ha de picar con puyas que ellos eligen; se han de colocar á sus monturas las guarniciones que á ellos les parece; se ha de hacer lo que les dé la gana, porque

si no... no salen. En fin, ya veréis quiénes son, si seguís leyendo.

Los monosabios que llevan no son cualquier pelagato o renacuajo; son mozos que «en su vida las han visto más gordas», pero que quieren verlas. Placer mayor no se les podía dar y se han gastado un dineral en hacerse el traje que no es una futesa, como cualquiera podría creer: es necesario un pantalón de color de panza de burro, con cenefas; chaquetilla-blusa, garibaldina, con perendengues; gorra á la «pajillote»; faja de seda azul, que es lo propio; calcetines ó medias de seda con «calaos»; zapatillas de lazo que no sean de muerto, ni de baile, ni de torero, ni domésticas, de esas que se llaman chinelas: y una vara ó vergajo. Estos monosabios, en número de mil ó más, son la alegría de la población civil y no civil. Saltan, beben, se montan en la grupa, apoyándose en el alto borren de la silla berebere, se lucen por todas partes, y es admirable ver aquellos cuatro grupos trotando lúgubrementemente, plastones de colores vivos, «tresillos» de melancólica ironía. El gitano pernea con ellos, desgañitándose en decirle al que tiene más cerca:

— Mira, «Boliche», que no hay má que sinco jacos en er patio y que lo de Arcorcón son mu botijos y tien la mar de mares.

— Apoquina y zará lo que ze puea: si no, al avío y allá er maestro.

Estos hombres, mimados del «maestro» por la mucha falta que le hacen, son de hierro en el alma y en el cuerpo. Como se les meta una cosa en la cabeza, ni el día del juicio sale, aunque lo mande el Padre Eterno; y, únicamente, el «maestro» tiene algún poder sobre su voluntad de balastro ó de diorita.

A las dos de la tarde se había corrido por Alcorcón una noticia increíble. Se decía que entre los toros desencajonados había uno llamado «Barrabás» que podía llevar en la cabeza un templo: se añadía también que, á las primeras de cambio había arramplado con el cajón donde vino metido — pesadísimas jaulas de muchas arrobas — y lo había lanzado á un tendido haciéndolo astillas.

Los picadores estaban por lo tanto de un humor regular y el desgraciado cañí, contrastista de las cuadras, miraba al cielo con los ojos en blanco como la «Soleá é Cádiz».

— Mira, «Boliche» — decía lloroso — que er toro eze era un ladrón ante de que zu mala mare lo echara p'acá...

Sin duda aludía al Barrabás que, en el Evangelio, sueltan en el Pretorio, prefiriéndole al rabbi Jossuaia de Nazareth.

— Mira, «Boliche» — gruñía sin dejar de correr al paso del caballejo — que er toro eze me va á dá á mí una corná de garabatillo que no me la va á curá ni er Banco de España.

El gentío aplaudía á los picadores. Son su ilusión más preciada. Quizá sois tan civilizados, lectores míos, que no sabéis el desencanto que produce á la afición una lidia «sin caballos», como ellos dicen por autonomasía, incluyendo caballo y picador en una sola pieza. La suerte de varas es la sal de la fiesta. Eso de oír el zambombazo de un piquero al caer en el santo suelo y verlo levantarse sin el castoreño de piña, con una costra de sangre en el casco de la cabeza y andando porque es costumbre... eso, amigos míos, no se paga con oro. Por todo ello y mucho más, la gente los mira embelesada. Un picador es promesa de sangre, conmoción cerebral en potencia, palabrotas que sólo un picador puede tolerar sin ir á presidio catorce años y un día. Se le oye decir con arrobamiento á una nieta de Goya:

—¡Qué cara de bruto!

Y no creáis que sea un insulto, no; es el elogio mayor que podéis hacerle. Lo oye él y la sonrisa de sus labiazos bermejos y gordos como enfermos de elefantiasis, se cae por el barbuquejo como un río de baba, mientras dice

—Gracias, polla.

Todos los conocen por su mote. Son extremadamente familiares.

—Adiós, «Burlaero».

—Adiosito, nene.

—Que haiga suerte, «Veneno».

—Sagradese.

—Que se vuelva, «Cabila».

—Y tú que no lo veas, ladrón.

Son graciosos los piqueros y ejecutivos. Hablan poco. Su profesión es de esos oficios que cortan la lengua al más charlatán; pero la gracia mana á raudales de su boca. Esta gracia, como todas las del pueblo, lastima á los pensadores y los hace reir, al mismo tiempo.

«Veneno», «Cabila», «Burlaero» y «Boliche» se limpiaban el sudor con blanquísimos pañuelos. Les pesaba la «mona» ó recordaban la cabeza de «Barrabás»; que no era poco cada una de estas cosas. El mitón de gamuza de su mano derecha era mirado por todos con extrañeza cómica.

¡La cabeza de Barrabás!... Se hablaba de ella entre el pueblo con esa hipérbole con que el pueblo suele hablar de lo que no conoce pero le prometen. ¿Qué más podría desear para divertirse que un toro de cabeza? Y como es de «cajón», sacaba á relucir su memoria taurina, la más formidable de las memorias.

—¿Os acordáis de aquel toro que en la Plaza de Madrid se cargó en la cabeza picador y caballo y los arrojó por la puerta principal?

Y todos lo recordaban; y se estremecían pensando si «Barrabás» sería así, como aquel toro madrileño. Y, en su afán de figurarse cosas grandes, mentían de «mistó».

— Oye, dice el vaquero de «Barrabás» que en la dehesa arrancaba los chopos de un topetazo.

Los carpetanos debieron ser muy mentirosos ó la ley de herencia es una tontería. La mentira y la imaginación, padres de la gracia, han alfombrado las cercanías del Guadarrama; sobre esa alfombra se vive y se baila. Mentir y bailar; he ahí dos de las paredes maestras que levantaron San Antonio de la Florida.

Pero mintieran ó no, la cabeza de «Barrabás» era mucha cabeza, como vamos á ver muy pronto.

III

—Estaba buscándolo, me dijo el de la otra cabeza.

—¿A mí?

—Sí, á usted, para pedirlo un favor.

—Cuantos quiera, si puedo.

—Sí; puede. No es más que rogarle se ponga usted cerca de mí en la Plaza, en el palco del médico.

No era muy tentadora la proposición, mas como tenía miedo á su cabeza bestial, le pro-

metí que así lo haría. Sin embargo, le llamé la atención:

—Entre usted y el médico, ¿verdad?

—Sí, voy á hacer aquello que le dije.

Tan cierto como San Isidro no ha existido nunca, que no me acordaba yo ni poco ni mucho de la promesa. Ahora, su cabeza apocalíptica y su recordatorio me espantaron.

—¿Insiste en hacer alguna barbaridad?

—Barbaridad, no; proeza.

—Y su mujer...

—En la Plaza. La vuelven loca los picadores.

—Los picadores gustan mucho á las mujeres, le dije riendo.

—A mi mujer la «pirran». Cuando los oye caer «patapam», se pone en pie, roja de envidia.

—¿De envidia?...

—Comida por la envidia. ¿No se acuerda que le dije que su cabeza era algo así como la mía?

—¡Ah! Es verdad.

--Pues por eso. Ella quisiera lucirse y que vieran todos que ella también resistiría un trompazo así, de coronilla.

¿Qué hacer sino sonreír? Volví á reirme, sin maldita la gana. Disgustado, cambié la conversación.

—A propósito, hombre. ¿Se ha enterado usted de lo que dicen por ahí del toro Barrabás?...

Se echó hacia atrás cosa de un metro y, mirándome con la ironía con que un chico novillero mira á un grillo, me dijo:

—Pero... si eso lo sabía yo antes que todos!

—¿Sí?

—Ya lo creo. Mire usted si será verdad lo de la cabeza de ese animal que levanta á un cabestro de esos que sólo los huesos pesan cuarenta arrobas; y, luego, lo arroja á diez metros.

—Mucho me parece.

—Pues así es. Ese bicho es de la casta de toros que se ponen en la vía y acometen á las locomotoras.

—Realmente es asombroso el poder de los huesos.

—Y dicen que están huecos.

—Claro; si no se romperían; pero los de la cabeza no están huecos; lo que puede, en este caso, estar hueca es la cabeza.

Como me suponía, no entendió, ó estaba ocupado en algún pensamiento muy suyo, para hacerme caso.

—Pues, amigo mío, exclamó de pronto, ya puede usted prepararse á ver esta tarde algo gordo.

—Permítame que le diga que tiene la cabeza muy...

—Toque, toque... Es de órdago á la grande. Lo que es esa revienta hoy como un tomate... Puach!...

Y sus manazas exprimieron en el aire un tomate ideal.

—Dios quiera que salga usted bien.

— Yo salgo bien de todo lo que quiero salir bien.

El aspecto que ofrecía la plaza era deslumbrador. Tenía algo de salvaje y mucho de tonto. El consabido sol; la no menos imprescindible percalina bicolor; el consiguiente olor á polvo, sudor y miseria en latas; el legendario griterío de los vendedores gaditanos ó de sus discípulos los incomparables voceadores madrileños; en fin, toda esa «retahila» ó reata de falansterios típicos y estereotipados que convierten una Plaza de piedra ó de madera en una sucursal de manicomio ó visión de ultrafrenia.

El de la cabeza me señaló su mujer con tono espartano:

— Aquélla.

Miré y vi una «tontería» de hembra, con su pañuelo alfombrado, que, prófugo de Madrid, ha encontrado asilo en las cercanías, y un peinado tan piramidal, tan bien hecho, tan reque-
tebien amontonado arroba á arroba sobre la cabeza que, inconscientemente, recordé esos carros cargados de retama tahonera que vienen á Madrid desde Torrelaguna ó Buitrago y cuya mole llega hasta los pisos segundos.

— Es un hermoso ejemplar, dijo su marido;

pero ese moño es la última vez que se lo carga.

Y diciendo esto, me miró como si yo fuera á decir lo contrario.

Sonaron las músicas celestiales que en estos sitios se acostumbran; se corearon con la medida, distinción y cortesanía que nos vienen del siglo xvii; salieron los cuadrilleros; y un pobrecito niño, á caballo en un dromedario ó ictiosaurio, pidió una llave; le dieron una con muchos caireles y cintajos; se la dió á su vez al guardián del chiquero; éste la metió en el bolsillo, sacó una especie de llaves de San Pedro y con ellas, la ayuda de dos trancas, y dos buenos puntapiés, se oyó rechinar la cerradura que parecía una navaja de muelles y se descorrió el cerrojo que no quería descorrerse, é intentó, tirando de él, abrir la puerta lo que sólo consiguió después de sudar tinta china.

Por fin, como voy diciendo, se abrió lo que tenía que abrirse y no salió lo que tenía que salir. El pueblo esperó en esa postura únicamente española que se describe «con el alma en vilo» y que es «la mar» de interesante y hasta psicológica. Y como nuestro pueblo se cansa pronto de todo y el toro no salía, discurreió con ese acierto que ha caracterizado siempre á nuestro país, que el Presidente tenía la culpa de aquello. Per omnia saecula soeculorum yo no veré jamás drama tan espantoso. Volaban las naranjas, los restos de las merien-

das, las botas, las sillas, todos esos utensilios á los que las alas les sientan bastante mal y que cuando se caen como Icaro, no se destrozan sin antes destrozar. El Presidente hacía señas de que él no tenía la culpa y con salerosa inconsciencia invitaba con el gesto al toro á salir, con cara de imponerle una multa si no salía más que á escape.

Fuera la mirada terrible del Usia ó que todo tiene fin en este Mundo, dos cuernos de quince kilómetros cada uno, casi la distancia de Alcorcón á Madrid, asomaron en la puerta macabra. Después y con la languidez de un felino apareció el toro si este es el nombre de una especie de Palacio Real como el de la Corte con Campo del Moro y todo.

Instantáneamente desaparecieron los toreadores, como dicen los franceses del Midi, y con ellos los dos picadores que, en términos ó jeringonza de lidia, estaban allí de tanda.

¡Oh, Pluma mía, de Quevedo fueras y Mateo Alemán te condujese por el papel, y no podrías decir lo que allí ocurrió, ni por metátasis, ni por epanadiplosis, ni con hipébaton, ni conjugando cuantos pluscuamperfectos de subjuntivo existen en nuestra endiablada y dejada de Dios Gramática de la Academia!...

En volandas, ó en el grifo de Orlando, ó en el Clavileño, me encontré en ese sitio que llaman patio de caballos. La gente enfurecida

increpaba con denuestos hinchados de rabia y nitroglicerina á los toreros y éstos «se metían» con los picadores que, desmontados, pálidos todavía del susto de los cuernos y con la puya en ristre, ofrecían el más lamentable de los aspectos.

— ¡Camándulas!, gritó una voz á mi lado.

Era él, el de la cabeza. Y temblé. Cabezazo suyo... era una cédula de vecindad en el reino de las sombras... Y temblé otra vez.

— Les asusta «Barrabás» me dijo airado todavía.

— No los dará usted un cabezazo.

— No; me reservo.

En medio del griterío bíblico me decía á mí mismo:

— Si este hombre se reserva, ¿qué pensará hacer?...

Como un doctrino preguntaba yo á derecha é izquierda:

— Pero, ¿es que no quieren salir?...

— ¡Camamas!..., berreaban cien voces.

— ¡Coupletistas!... decían doscientas.

— ¡¡Salmonetes!!; rugían mil, dos mil tres mil veces mil voces.

De pronto apareció un tío con más bigotes que el león de Belascoin y armado de un vergajo cuya sola vista producía la coqueluche, la etericia y las viruelas locas.

«Ahora veredes Agrajes»...

Ver aquello, montar los piqueros, trotar los jamelgos, salir los toreros y arreglarse todo como por mano de santo fué cosa de un «ora pro nobis» en novena de poco público.

El toro esperaba, quieto en los medios, muy bien plantado. A primera vista, que era allí casi á primera sangre..., el toro tenía un testuz abracadabrante.

Aquel toro olía á ácido fénico.

Un pobre torero le llamó y como el Dante... «quel giorno non»... dijo ni pío. Acudió codicioso y bravo, levantando una nube de polvo, y, gracias al escondite clásico, el toro sólo hizo astillas dos enormes pivotes, sostenes de un tendido que quedó en el aire como los puentes modernos á lo Broonklyn.

La gente dió un grito de admiración.

En su camino el toro encontró á un piquero.

El caballo se encabritó furiosamente y abrió la boca enseñando sus dientes amarillos. El miedo le hacía defecar.

Lo que hacía el picador no lo veía yo bien; pero sí oí al demonio del gitano que no dejaba sus caballos por nada del mundo:

— Oye, «Veneno»... acuérdate de tu santa mare...

Retrocedía el toro para acometer, y «Veneno», que no veía de coraje, en vez de preparar la «suerte», volvió su jeta bermeja al inoportuno y le espetó un:

— ¡Mardita sea la tuya, si las tenío!...

¡Pataplám!... como decía el de la cabeza.

Metió la suya el toro; se aferró «Veneno» al caballo y, levantándolos el toro en alto, los llevó gran trecho, arrojándolos después al otro extremo de la Plaza. Cayeron á plomo; «como corpo morto cade»... El caballo pataleaba desgarrado y despanzurrado. «Veneno», rígido, «al descubierto», que dicen los técnicos, estaba «snouk» que dicen los boxeadores.

El público, contento de su toro, pidió que tocara la música. Y la banda, esclava del pupliquito, echó al aire un pasodoble que metía miedo y que sentaba en aquel caso como un loro en un duelo.

Al quite iba el desgraciado «maestro», cuando sucedió algo insólito, heteróclito, fuera de toda ponderación.

El de la cabeza me tomó del brazo violentamente y me dijo:

— Ha llegado la mía.

— ¿Qué ha llegado? — interrogué yo entonces.

— La hora.

— Pero, ¿la hora de qué?...

— De los hombres.

Y con un brinco prodigioso saltó al ruedo.

El Presidente, nervioso, ordenó á un municipal que lo cogiera.

El de la cabeza se estiraba el chaleco y qui-

taba la americana. El municipal se hizo repetir la orden; y, luego, sin salir, la transmitió al de la cabeza; pero éste le hizo signos de que fuera por él y he aquí á un simple guardia entre las dos cabezas más formidables que dos seres tuvieran jamás.

Ni la amenaza de destitución hizo salir al alguacil, aunque como circunstancia atenuante pudo alegar que no le dió tiempo.

Horrorizado, miré á su mujer, la que en aquel trágico momento decía, según me aseguraron más tarde:

— A que hace ese animal una animalada...

Instantáneamente la música cesó y la gente se puso en pie, sin atreverse á decir nada, absorta en el inusitado lance.

El de la cabeza se revolvía el cabello como si estuviera en un ataque de desesperación ó le hubieran birlado un acta.

El toro, viéndole acercarse, tomó sus disposiciones testamentarias porque su cabeza comprendió que venía en su busca «algo muy gordo», por hablar en estilo del suicida.

Quedáronse ambos mirando, no lejos del picador yacente y el penco despenado; y yo vi pasar por mi mente aquella escena inmortal en que Don Quijote se ganara el nunca superado por nadie título de «Caballero de los Leones».

Se iba levantando un murmullo de estupor

como viento avanzado de tormenta en verano. Los toreros, con sus capotes de brega, hechos un lío por la emoción, se agruparon estremecidos sin atreverse á separar las dos fieras.

El de la cabeza se remangaba los brazos é iban quedando al descubierto dos palos largos, secos, sin músculos, cubiertos de un vello cerduño.

La gente se irritó, como si la vista de aquellos pobres brazos la hubieran devuelto su espíritu cínico de risa y crítica mordaz.

— ¡Fue!al, gritó una de esas voces milenarias que sólo se oyen en las revoluciones y en las Plazas de Toros.

— ¡Fue!al, gruñó toda la Plaza, con un solo tono, como si hubieran gritado también las maderas y los ladrillos y las percalinas.

El toro, excitado por el vocerío, arremetió y el de la cabeza esquivó el choque con un quite patoso pero que lo libró de visitar el cementerio.

Aquel quiebro, hecho sin sal, enloqueció de furor á la muchedumbre que azuzaba al Presidente para que lo quitaran de allí. El Presidente se desgañitaba ordenando al... vacío.

El de la cabeza sonreía, seguro de que nadie se atrevería á ir por él. Yo le contemplaba atónito y recordaba su promesa de realizar lo que jamás nadie había sido capaz de hacer.

Su mujer, en tanto, no se desmayaba como

es de rigor; y, no sé por qué, este dato me consoló y animó á ver con ojos bien abiertos y el alma en ellos.

De pronto, y me asusto al recordarlo, aquel hombre abrió sus piernas en estrambótico compás; las apoyó fuertemente con tensión muscular enorme, ahondando la arena sus pies, como el Ursus de Sienkewitz en la escena famosa de la salvación de Ligia, se puso en jarras, inclinó la cabeza y citó con la boca al toro pronunciando un sonoro: ¡Oh!...

El toro no acudió. Su cabeza formidable oscilaba á semejanza de los osos blancos en prisión. Observaba atento con esa atención severa del toro que es una afirmación rotunda, una increíble muestra de fe en sí mismo.

El bárbaro citó otra vez. Impaciente, movía su cabezota con violencia, retando con la coronilla, azuzando al monstruo con la indiferencia, inconsciencia y valor espantoso de un toro colocado entre los rieles á la vista de una locomotora humeante é incontrastable.

Así aguantó mucho, minutos ó siglos.

La muchedumbre calló otra vez. Y su silencio era tan absoluto que se escuchaban los ladridos lejanos de los perros...

Yo, sujetaba el corazón que latía como en una primera cita. Pensaba:

— Ese animal es capaz de luchar con la

cabeza del toro como un carnero lucha con otro ó él mismo con su mujer.

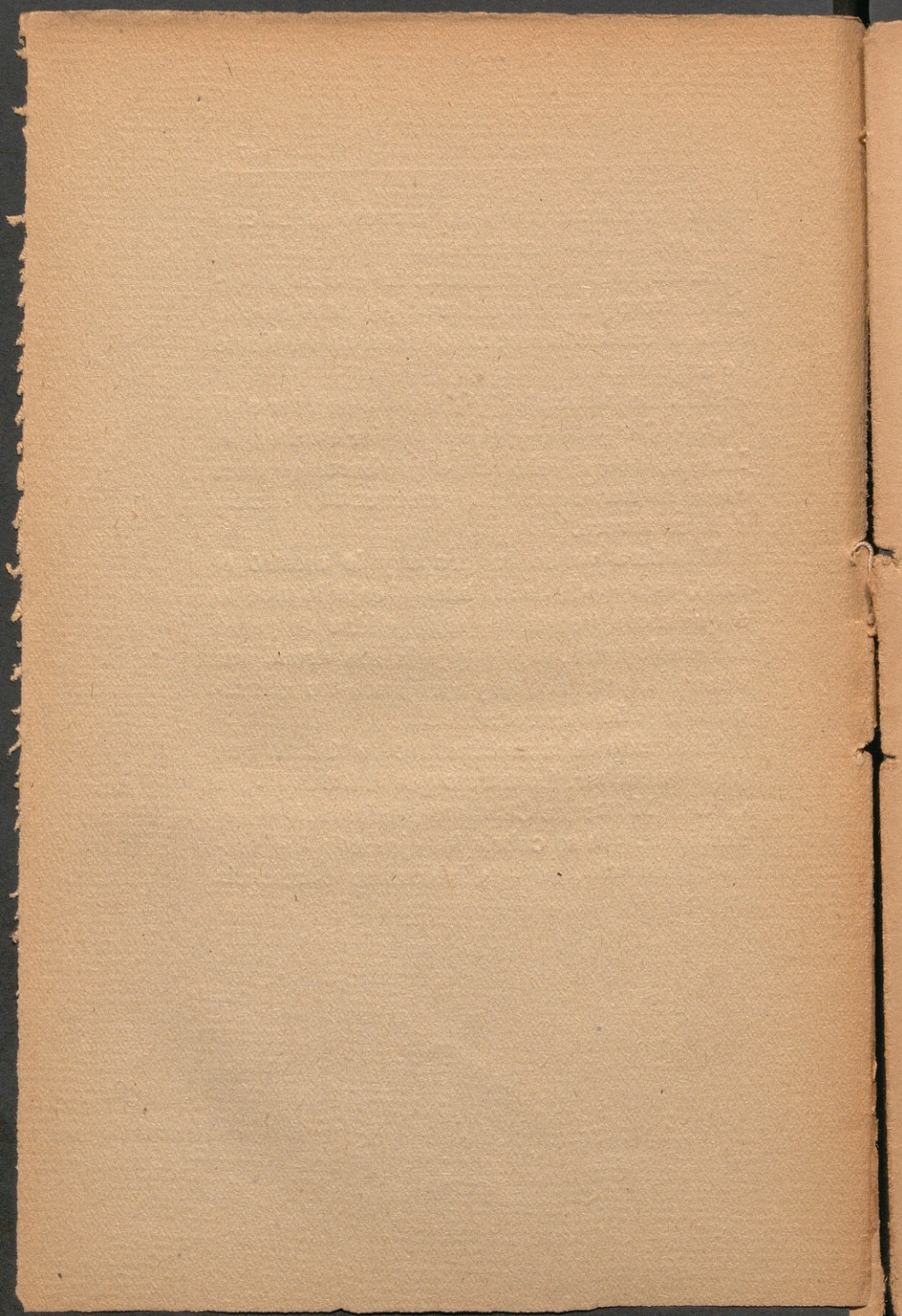
La tragedia era inminente. La cabeza soberbia del toro y la de aquel prodigio de Alcorcón se balanceaban amenazándose en un ambiente de angustia.

Mi alma temblaba. ¿Qué iba á suceder allí?

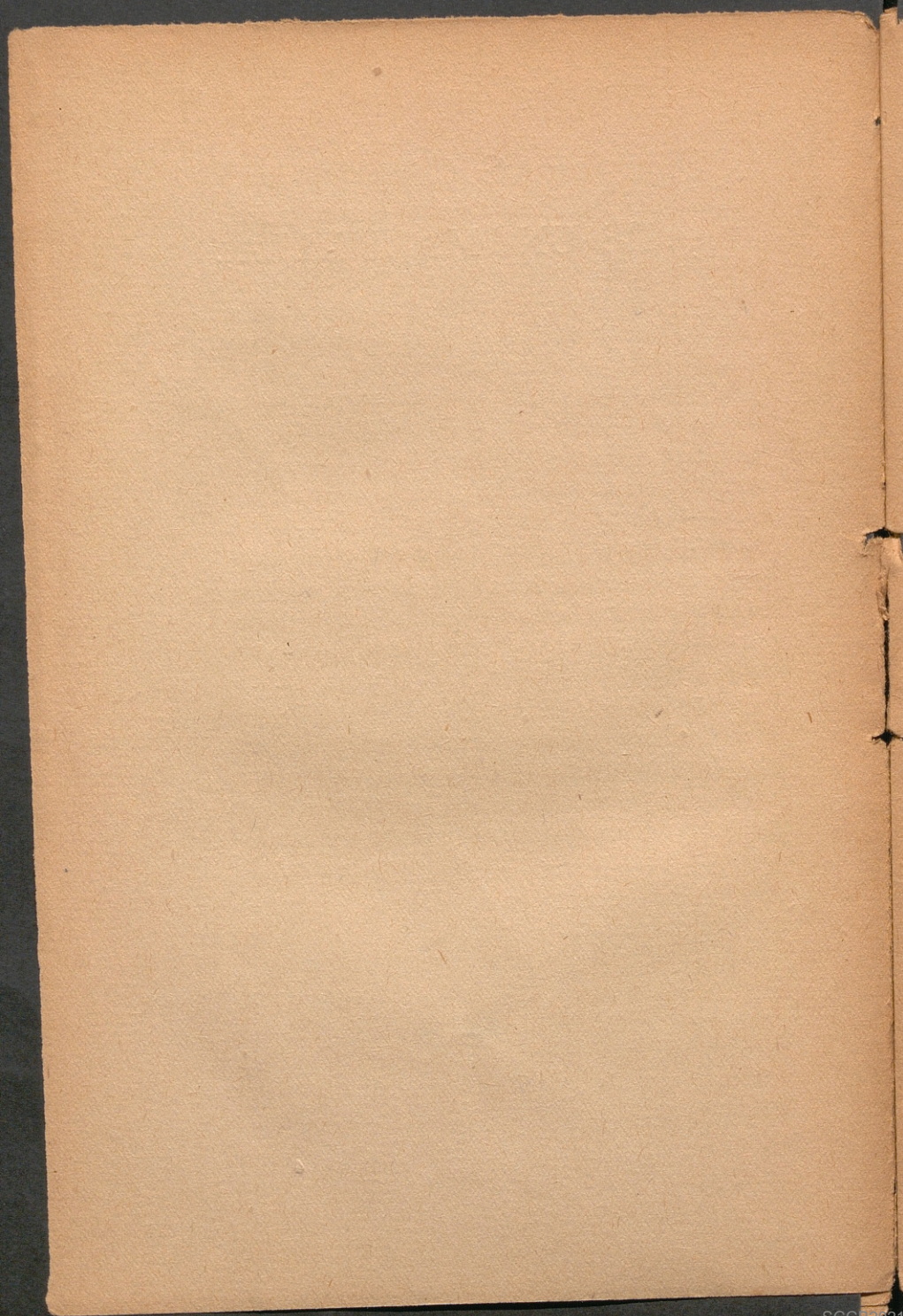
Pero Cervantes, que es el primer escritor del Mundo, nos enseñó ya lo que hacen en tales casos las fieras que tienen más sentido común del que parece.

Y la fiera volvió su grupa y le mostró el rabo, escapando de allí hacia el caballo muerto á quien con tremendas arremetidas desgarró miserablemente, vaciando sobre la arena sus entrañas, pateándolas y arrojando á un tendido la española carroña.

El alarido de la multitud fué lo último que pude escuchar. Lo último que vi fué la divina cara de Miguel de Cervantes, esfumada en el ambiente, que se cubría los ojos con las manos, mientras, en sus labios, se estremecía suavemente una dulce sonrisa.



CURA TRÁGICA
DE UN "MALETILLA,,



Cura trágica

de un "maletilla"

«Ibant obscuri sola sub nocte
per umbras».

Virgilio. «Eneida».

I

El «Pelele» y el «Tarugo» llegaron á Laval muy tarde y tan rendidos que el «Tarugo» hubo de buscar las tapias del cementerio para descansar un poco á su sombra. El «Pelele» le siguió, dejando de muy mala gana el camino á cuyo fin veíase ya la torre chata y bermeja de la Parroquia.

Los había contratado un mes antes el tío Requejo—que en esto de buscar toreros baratos era una especialidad—y venían andando desde el Tomillar donde el tren, huyendo de unas endiabladas montañas, escapa hacia Larios siempre á la vera del río Lagarto.

«Pelele» tenía quince años de edad y «Tarugo» veintidós. El «Pelele» era un granuja de casta, variante moderna del gallofo, de interesantísima cabeza aborregada y de un aspecto zaíno que metía miedo. Decir él una cosa era decir otros un amén y se comprendía, observando su rostro, que aquellos labios se habían fruncido para siempre Dios sabe por qué; mientras que su frente de carnero, siempre en actitud de acometer, hablaba de un temperamento de independencia campesina. Su pasado era seco como una puñalada «traper»; había nacido en trece, martes, matando al nacer á su madre, una dura serrana de Sepúlveda que lo concibió soltera.

El «Tarugo» era hijo de doña Amparo, viuda riquísima de un señorón de la comarca, noble por los cuatro costados, que en la desbandada hacia Madrid de la fiera aristocracia castellana, se negó á salir de su lugar. Esta buena señora adoraba en su hijo, guapo mozo si los hay, de andares salerosos y con dos ojos negros, por lo negros y los daños que habían causado. Mas un día, negro también como sus ojos, se escapó con el «Pelele», y la pobre madre supo que el hijo de sus entrañas andaba de pueblo en pueblo, de capea en capea, saliendo de un peligro para zambullirse en otro, sin que ruegos desesperados, ni novenas al Cristo de Lozoya ó á la Fuencisla, pudieran

hacerle volver á casa y á su carrera de leyes, dejada cerca de la licenciatura.

El «Pepele» ejercía sobre él una influencia absoluta. ¿Cómo se encontraron?... Encontrándose y nada más. El Destino pícaro que hace laboriosos los idilios es breve en sus dramas y el «Tarugo» abandonó su casa y carrera porque el «Pepele» se lo mandó. Aquella entrevista primera había sido mortal.

—¡Pero si eres un torerazo!..., le dijo el «Pepele».

—¿Yo?, respondió asombrado el hijo de doña Amparo.

—Tú. Tienes cuerpo de torero, y tú serás torero.

A punto estuvo de morir de risa el estudiante, pues jamás había pensado en ello.

—No tengo corazón suficiente, «Pepele».

—Para ser torero no se necesita corazón, sino tripas y tipo.

El hijo de doña Amparo se rió otra vez estrepitosamente; pero la espina estaba clavada en el alma y desde aquel día, por diversión, por juego, secretamente halagado en ese insondable amor propio que es nuestro verdadero manantial de vida, tomó lecciones del «Pepele» que estaba—por lo menos así lo afirmaba en el pueblo—llamado á ser el torerazo mayor de la época. Pronto aprendió á moverse con gracia en poco espacio de terreno y á imitar los

gestos heroicos, simulando airosamente la más completa indiferencia ante el peligro. Fué cosa de poco adquirir el famoso «sentimiento de la capa» que no tardó en moverse en torno de su cuerpo con soltura y rapidez sin violencia. Aprendió además á «oirse vivir» y dar valor ó relieve á cualquiera de sus movimientos. «Pelele» le decía con severidad:

—Hay que imitar al toro. El toro no hace movimiento mal hecho y no gasta en baide fuerza alguna.

Una tarde maldita, en que los campesinos hicieron corro para ver al señorito recibir lecciones de lidía, oyó que decían:

—Tiene tipo de torero.

—Al otro día, el maestro y el discípulo se marcharon como los barcos heroicos, con rumbo desconocido.

Ya en pleno campo el «Pelele» se detuvo, le miró y le dijo:

—Desde hoy te llamarás «Tarugo».

—Ese alias es feo, «Pelele».

—No importa, sentenció el maestro de quince años.

La torre del histórico castillo se perdió pronto de vista, y desde aquel día comenzó una extraña vida, una bohenia singular. Habían de andar muchas leguas en el mayor desamparo, sufrir hambre cuando menores eran las probabilidades de comer, tener sed cuando el

agua estaba más lejos. El hijo de doña Amparo aprendió á montar en el tren durante la marcha y á tirarse á las cunetas si era preciso fuera cual fuese la velocidad del convoy. También se enseñó á sufrir, mordiéndose los labios, las humillaciones más groseras. Las privaciones, le hicieron sobrio, y las indignidades, feroz. Después de una capea, en la que un toro enorme lo había tenido en los cuernos largo tiempo, se miró al espejo y notó que su cara se había tornado angulosa, dura y seca. El primer toro que lo revolcó sin compasión, lo hizo llorar de miedo; después lloró de coraje. Fué comprendiendo en los graves apuros, que el valor supremo es el supremo miedo, y no se desesperaba ya cuando las piernas, estremecidas, se negaban á sostener la voluntad. Le decía el «Peलेle»:

—Tiembla; pero aguanta.

Y aguantando llegó á entender que sería un buen torero. El orgullo de servir para este oficio brutal le hizo obtuso, cuco, macho y hueco, con una vanidad tan grande que, á no disfrazarla con la falsa modestia de los lidiadores de fama, le hubiera causado serios disgustos. El «tener tipo» le daba la conciencia de una enorme superioridad sobre los demás y no era en la idoneidad para el oficio en lo que él cifraba su orgullo, sino en las «hechuras», en el saber «marcarse». El «Peलेle» administraba

bien el tipo del «Tarugo». Este oía incesantemente en las capeas:

—Será un torerazo; tiene el tipo.

Y la conciencia de tener el «tipo» le sacaba muchas veces salvo de peligros que sólo la destreza hubiera podido vencer.

—Ahora comprendo, le dijo una vez al «Pe-lele», que se puede hacer de las tripas corazón; bien lo sabías tú.

—Yo no me equivoco nunca, respondió «Pe-lele» sencillamente.

Fué muy pronto familiar á todo castellano el nombre de «Tarugo» y no había ferias en poblaciones pequeñas donde no se reclamara su concurso, que, aparte de todo, era no muy caro. Primero, se contentaron con hacer sangrías individuales en los bolsillos adinerados. Después, extendían la capa de brega, y entre el penúltimo y último toro recaudaban una fortuna de calderilla. Más tarde, un éxito, una faena acertada hecha en un pueblo de Salamanca y telegrafiada á un periódico local nada menos que como un suceso importante les dió derecho á pedir antes de la corrida una especie de salario.

Los llamados «maletas», estos aprendices audaces de toreadores, tienen una rara noción de la justicia. Su aprendizaje es un oscuro pero brutal juego con su cuerpo, con su vida; á cambio de ello ruegan una limosna nada

más. Esto, que parece á simple vista un rasgo heroico ó una sublime confianza en el porvenir luminoso, es una sincera confesión del miedo que pasan en aprender á jugar con esa vida y con ese cuerpo.

II

A la sombra de las tapias del cementerio vieron pasar espléndidas cabalgatas de castellanos viejos. Venían á Laval de diez leguas á la redonda, no por la feria, que el ir á la feria por la feria misma ya ha pasado á la historia, sino por los toros que habían de lidiarse aquella «misma» tarde.

Jinetes en esos rucios que tan famoso han hecho el nombre de nuestra Patria, iban por el polvoriento camino, llenos de contento y saboreando las emociones de la futura lidia, con esa fruición característica de los «que van á los toros», fruición que se llama crimen, aunque esté muy lejos de parecerlo. Formaban grandes y heterogéneas manadas, y eran de ver, al estribo de los caballeros, aquellos peatones incansables, de traza de mendigos, ó de reyes

nómadas, con su bota legendaria al hombro, su vara no menos famosa en la diestra y sus zajones de machos de rebaño. Cantaban algunos, charlaban todos, triscaban los más, y el regocijo y la ansiedad se pintaban en aquellas caras por las que los siglos pasaron sin dejar otra huella que la fatiga de un monstruoso y monótono trabajo corporal.

El polvo iba envolviendo piadosamente conforme pasaban estos grupos curiosos, y el «Pe-lele» y el «Tarugo» seguían con sus ojos por el largo camino el interminable rosario de remolinos que un sol de Agosto incendiaba.

El «Tarugo» estaba rendido. La caminata, atroz, le había dejado sin fuerzas y el «Pe-lele» le escupía á la cara su cansancio con frases estúpidas pero eficaces á juzgar por la reacción que en el pobre héroe producían. Cada uno portaba un hatillo y un largo y estrecho estuche de cuero teñido de grandes lamparones de sangre seca. En el hatillo llevaban un equipaje admirable: las zapatillas de lidia, muy usadas ya, sobre todo en la punta, de tanto alzarse en ellas para citar; el traje ceñidísimo de la corrida, que aún no era de luces, pero lo mentía con gentil descaro; un pañuelo bordado por Dios sabe qué manos castizas, y una fuerte y larga venda que la triste experiencia de su perro noviciado les había enseñado á llevar consigo. El «Pe-lele» poseía un peine al que le fal-

taban muchas púas, y una navaja de afeitar, algo desdentada, regalo quizás de algún barbero obsequiado con el brindis de un toro. En el estuche de cuero, un estoque de lance, de empuñadura mugrienta por el uso y la sangre de centenares de toros; había pertenecido á un gran torero y era de buena marca, fabricado en Valencia, cerca de las torres de Cuarte. El «Pelele» probaba la punta, bruñéndola con su saliva más por costumbre que por necesidad, observando como si por primera vez lo viese, aquella desviación de la recta que los fabricantes valencianos dan á los estoques hacia su final para que el toro no escupa la espada ó desvíe á mal lado dentro del cuerpo la herida fatal. Curábase entre tanto «Tarugo» su pie izquierdo herido. Lentamente, con ese gesto indiferente que da la tribulación hecha hábito, restañaba la sangre empapándola en unos trapos sucios que allí mismo encontrara. Se había cortado con un cristal en el camino; las alpargatas de viaje, unas buenas piezas de Aspe ó de Elche, estaban tan gastadas que el pie no podía defenderse contra los obstáculos del campo y el cáñamo y el lienzo se deshacían.

Se pusieron de nuevo en marcha. «Tarugo» cojeaba; su cara se fruncía con rabia á cada paso mal dado, más por la humillación de rendirse al dolor, que por la intensidad del dolor

mismo. La escuela de estos muchachos es sombría. No se vencerían más dificultades en una intensa labor social ó de educación. Gastan en la contribución á su esfuerzo cantidades atroces de energía heroica. De nada sirve con ellos la advertencia cariñosa y es tan bárbara su resistencia á las adversidades, que no ven otra cosa que el fin. Y hay que confesar que tal fin es, sin duda, un emporio de gloria y oro.

Llegaron pronto al pueblo. No faltó quien les reconociera, y seguidos de la muchedumbre entraron en cierta mala posada de esas que nuestros antepasados, viajeros pertinaces, calificaban, quizás por buen humor de raza, de «alivio de caminantes». Allí les ofrecieron vino espeso de la tierra que ellos no quisieron beber puro. Ellos, que más tarde son la imagen clásica de la intemperancia, en su aprendizaje saben reservarse y en esta y otras muchas victorias silenciosas de su voluntad se esconde el secreto de su triunfo.

Ellos son, murmuraban de todos los lados de la posada.

Y acudían grupos de labriegos y eran observados como bichos raros, como seres excepcionales á los que el Destino reserva cosas y sucesos improbables.

El «Tarugo» oía como un mosconeo incesante.

—Tiene tipo de torero.

Era lo que oía siempre, en todos lados, antes y después de todas las capeas, por donde quiera que pasaban.

El «Pelele», que era pequeño y contrahecho, reía al oír esto.

Cambiaron sus vestidos. Entonces el «tipo» torero resaltó más y el cuerpo descarado del «Tarugo» fué el asombro de los campesinos. La coleta les hacía reír porque la coleta hace reír siempre; pero aquella espalda magra, de hombros egipcios, en ángulo recto con la cabeza; las caderas sin curva alguna, verticales casi á los sobacos; los hemisferios de las posaderas destacados con impudor gracioso y sujetos por un pantalón estremadamente ajustado; la breve barriga deforme señalada por la faja roja que oprimía la cintura: las ondulaciones de las bragas á manera de los calzones berberiscos y el «aire» inconfundible de aquel cuerpo chocaron á los campesinos que no se hartaban de mirar con estupor alegre. Su extrañeza no era sarcasmo, ni siquiera crítica; presentían que quien se atreve á vestirse así intentará más tarde una locura de esas que producen en el corazón de quien paga por verlas cierta emoción inolvidable, un gozo grosero al que los siglos han hinchado de recuerdos, grandezas y delirios. No hay locura ni sandez que no se perdonen si de

ellas esperamos un beneficio. Nuestro corazón agradece lo que acelera su agitación y á costa de ello sabe borrar de la cabeza las ideas de criterio.

De esta guisa salieron al portalón de la venta y los que había allí sentados se levantaron con muestras de un indeterminado respeto. Se hablaban algunos al oído. Los viejos les miraban á lugares fijos y, sonriendo picarescos, cuchicheaban entre sí. El, el héroe, el «Tarugo», con la capa de ardientes colores al brazo, observaba todo aquello como por descuido. Sonreía á las mujeres sin sentir las influencias de sus ojos tercamente puestos en él. Su tez morena, ahora pálida, se contraía indecisamente angustiada. El «Pelele» le llamó la atención.

—Mira esa vieja, niño.

Miró el «Tarugo»; era una vieja horrible.

Los lidiadores, antes y después de su celebridad son gente muy extraña. Sus supersticiones influyen tanto en su alma nerviosa y falsa que son causa de movimientos excéntricos de la voluntad. «Tarugo» apartó sus ojos, contrariado, de la vieja inmunda. Luego, sin saber lo que preguntaba, como se acercara á saludarlo su empresario circunstancial, el tío Requejo, le interrogó.

—¿Hay médico aquí?

La vista de la horrenda abuela había des-

perchado en él no sé qué extraños sentimientos.

El tío Requejo contestó:

—Sí, esa vieja.

Esta vez miró «Tarugo» á la vieja, estremeciéndose.

El tío Requejo la llamó de una manera particular.

—Venga, tía «Sabía», «Tarugo» quiere conocerla.

«Tarugo» no quería eso, pero los toreros son esclavos de todo el mundo. Han de dejar hacer. Su famoso don de gentes, su célebre simpatía consiste en que no pueden oponerse á nadie; cualquiera es un presunto espectador y el público les fascina de un modo tan completo que domina su independencia.

La vieja se acercó ágilmente.

El tío Requejo la cogió con respetuoso cariño por los hombros y la presentó al torero así:

—Esta es la mujer que más sabe de todo en este mundo. Medio pueblo le debe la vida. No hay animal que no la conozca. Es veterinario, médico y botica: todo en una pieza.

La vieja sonrió. Sus dientes dentro de aquella boca sin labios, eran algo hediondo y sombrío. El «Tarugo» sentía frío viéndola. Tío Requejo acabó de helar su sangre.

—No tengas cuidado por el médico, muchacho. Si te hace pedazos el toro, ésta te

arregla en un periquete, aunque te hará sufrir más que el bicho.

La vieja apoyó esa afirmación arremangándose los brazos como si se dispusiera á curarle ya. «Tarugo» retrocedió. Nada más siniestro que aquellos dos brazos descarnados. El pellejo arrugado y amarillento á semejanza de las gallinas desplumadas ó la piel de los indios centenarios, se liaba al hueso, cuyo relieve agudo se traslucía en la superficie viscosa como un tumor largo y estrecho. Era repugnante la increíble soltura de las muñecas que probaba en el viento para enseñar al joven su agilidad de pulso; y los dedos, esqueléticos, nudosos, parecían apéndices de langosta y tenían los movimientos de las antenas rojas de los crustáceos.

El «Tarugo» hipnotizado, no podía separar sus grandes ojos negros de aquellos brazos nauseabundos que se agitaban llenos de vida monstruosa como si fueran tentáculos de pulpo. La vieja no hablaba, sonreía siempre.

—Es muda de nacimiento, dijo tío Requejo.

III

Al llegar á la Plaza Mayor «Tarugo» ya no cojeaba. Su voluntad sufría como todas las potencias de su alma una especie de deslumbramiento ante el espectáculo del público congregado para verle. Repartía apretones de manos, sonrisas entre las mujeres; y sus ojos, acostumbrados á las más extrañas perspectivas, sorprendían muy lejos, por todas partes, saludos y bienvenidas. Y, esclavo de todo eso, contestaba amable.

El griterío era ensordecedor. El centro de a plaza improvisada, un volcán de polvo. No había barrera. Librarse allí de una acometida traidora era punto menos que imposible. Quince ó más pueblos del partido vinieron al olor de la fiesta de la sangre; y, carros, balcones, ruedas, tejados, tribunas, se veían ocupados por humanos racimos. En el suelo mismo, la gente, despreocupada ó familiarizada con el peligro ó segura de que perder la vida es perder poca cosa, gateaba buscando puntos de mira. Los morosos en número incontable paseaban por el ruedo no resignándose á no ver.

Llevaban casi todos pinchos, puyas, hondas, palos de boyero, bastones de nudos que tienen la vara de color de camisa de culebra y una porra en la voluta de la cayada, vergajos de nervio de buey. Se llamaban de todos los lados con voces estrepitosas cuyas disonancias exageradas adrede parecían llenarles de explosivo regocijo. Al reconocerse desde lejos y gracias á la voz, la algaravía era cosa milenaria y todos participaban por gusto de aumentar la batahola y engordar el escándalo. Gritar era dar un gozo más al vecino y se gruñía de veras observando la complacencia con que se era escuchado.

Las casas de la plaza desaparecían materialmenté. Las piernas de los que ocupaban los aleros de los tejados, llegaban hasta los balcones, y de ellos pendían en posiciones estupidas innumerables mocetones para quienes la incomodidad de una situación violenta era un placer «muy gordo». Sólo se veían los radios de centenares de ruedas puestas á manera de polígono irregular; detrás de ellas y entre ellas, sobre las llantas mismas, montones de seres vivos se agitaban como lagartijas haciéndolas rodar, crugir, moviéndolas en torno de los ejes que rechinaban lúgubrementé.

La torre, masa de adobes, bermellón y miedo, presidía con cierto aire de altanería vergonzante.

La vista de la torre, recordó á «Tarugo» los brazos de la vieja y volvió á estremecerse sin querer y á tener frío en el espinazo.

Mucho tardó el ruedo en despejarse, pero todo llega. Un expectador en su sano juicio se hubiera horrorizado. El toro, saliendo y emprendiendo ciego la vuelta á la plaza habría de cornear por docenas los desgraciados que formaban una barrera humana empotrada en los carros. Sin embargo, como siempre había pasado lo mismo, nadie lo hubiera cambiado aunque en su mano hubiera estado el cambiarlo. Es así nuestra Raza.

El «Tarugo» tampoco se preocupó. En su larga peregrinación veía tales cosas horribles que nada lo conmovía ya.

Poco á poco el silencio se hizo en la multitud compacta. El silencio es contagioso y parecía correr por trozos en el ámbito acallando grandes masas. Algunos rumores se agitaban en el aire denso como chillonas flámulas y luego se extinguían aunque rebeldes.

El «Pelele» que hacía rato buscaba algo por la plaza, lo encontró al cabo:

—Mira, maestro, dijo á «Tarugo».

«Tarugo» vió la vieja inmunda. Estaba allí, á pocos pasos de él, sin quitarle ojo, aquellos ojos en los que una prodigiosa vida luchaba contra la vejez y ulceración purulenta de los párpados sin pestañas, sucios y pitañosos.

El «Pelele» añadió jovial:

—Es el médico que nos envía el Municipio.

«Tarugo» una vez más sintió aquel frío raro de la espalda.

Salió el toro. Y con él una explosión del alma de la muchedumbre. El animal arrancó al galope y corneó durante largo rato las ruedas de los carros. La multitud rugía como si sintiera en su carne cada uno aquel cuerno derecho esgrimido por el toro á manera de navaja. En sus rapidísimos embates se le veía revolverse sobre sus cuartos traseros, rozar los morros en la arena y sacar el cuerno tinto en sangre. Arrastrándose con majeza imbécil algunos mozarrones le excitaban sacudiendo en el suelo las varas; el toro acudía y entonces, al pretender esconderse, sonaban dos golpes brutales, el del toro en el carro y el de aquellos bestias al querer pasar por entre dos radios de la rueda. Se corrió entre la muchedumbre la agradable noticia de que un valiente de éstos había sido alcanzado y se reían porque en el lugar del cuerpo donde el toro había metido su cuerno todo era carne.

El «Pelele» detuvo bien al toro. Aunque lo hubiera hecho mal la gente le habría aplaudido. Después, quiso «salir» por lances de capa que en su disparatada gerga llaman «medias verónicas» y el toro se negó. La muchedumbre abucheó al toro por su cobardía y

el toro, que parecía entender ese lenguaje perfectamente, dió á comprender al pueblo que allí se haría lo que á él le diera la gana. Y esta convicción exasperó al público tanto que comenzaron á arrojarle con las invectivas más soeces piedras y mondarajas.

—Es un buey de una vez, dijo «Pelele á «Tarugo».

Lo era. Más tarde, cuando estos estúpidos aprendices han triunfado é impuesto su apodo y sus redaños, sienten terror con sólo recordar los toros mansurroneos y grandes en que se ensayaron. Estos toros-bueyes son muy peligrosos. Demasiado hechos, cornalones, «corniveletos», acostumbrados á estos escándalos pueblerinos, en los que á veces han matado durante tres ó cuatro años no pocos moradores, saben chino.

—Sácale tú á los medios, le mandó «Pelele».

«Tarugo» no se hizo rogar. Recogió en su cuerpo la capa, la aireó, emprendió un trotecillo y á la media vuelta llamó la atención del toro. Este acudió y «Tarugo» se lució en regates y quiebros que no parecieron satisfacer mucho. Quiso repetir y mejorarlos, arrimándose más, pero el toro se fué á los carros paso á paso, muy desconfiado y echándose sus cuentas. Hasta allí le siguió jadeante el lidiador. Citó de nuevo con coraje, y el gentío, encantado por este enardecimiento, le ayudó á

grandes voces. El toro humillaba, y con su pezuña, levantaba grandes surtidores de arena. Llamó varias veces en compañía del pueblo; el toro no quería lucha. Desde lo alto de los carros, por entre los radios de las ruedas, en las ancas, lomos, corvejones, le pinchaban brutalmente; él se revolvió contra los carros en vez de avanzar. «Tarugo» se impacientaba; nadie se luce aguardando. De pronto, miró arriba y vió... á la vieja maldita.

Instantáneamente, en un abrir y cerrar de ojos, certero é inexorable como el Destino, el toro se le vino encima.

Antes que él lo vió la gente; mas que sentir su cogida «la vió» en los ojos espantados de la muchedumbre. El alarido de ésta hizo recular al toro; pero el hombre estaba en el suelo y fuerte mancha roja cubría uno de los muslos.

La vieja, en su carro, sonriente, se arremangó los brazos. Fué lo último que «Tarugo» vió en su vida.

Su temblor le atrajo de nuevo el toro y la poderosa cabeza de la bestia jugó con aquel cuerpo cruelmente. Se oyó claro, fatal, un sonido de rotura, como un desgarramiento; luego, un golpe seco; después, muchas sacudidas contra la tierra de un cuerpo inerte, recogido, campaneado como un pelele... Por fin, el toro se fué, lentamente, precipitando su trotecillo típico á medida que se acercaba al lugar de

donde había salido. Ya en él, recorría con el belfo las junturas de la puerta.

La muchedumbre tuvo entonces un solo corazón y una sola garganta. Su grito, unánime, fué como una petición de auxilio. En aquella Plaza irregular, veíanse hembras en posturas encogidas, mozuelas que se cubrían la cara con las manos, chillones mancebos que hacían aspavientos y sacaban la jeta como oliendo en el aire la sangre del maletilla...

El «Pelee», cerca del toro, veía atontado, paralizado por el estupor, desangrarse en el polvo á su compañero...

Fué la primera en acudir la vieja. Saltó cómicamente, salvando la baranda del carro, «á la torera», é indicó con un gesto á los mozos cómo había que conducir al desgraciado.

Y siguió al grupo, arremangándose los brazos cada vez más alto..., sonriendo siempre, fuera de los labios, secos como pellejos de uva sin pulpa, los horribles dientes amarillos.

IV

Aquel cuerpo fué colocado sobre una mesa del portalón ó pórtico de la posada. Las moscas acudían; en muchos sitios de la mesa, los

lamparones de la sangre desaparecían bajo ellas. Y nadie hacía cosa alguna para ahuyentarlas.

Tío Requejo se acercó á la vieja que comenzaba su labor. La trajeron un cubo de agua, un cuchillo de matanza y fuego. Parece ser que había pedido, como ella podía hacerlo, estos siniestros utensilios. Sus ojos brillaban con entusiasmo en las órbitas pitañosas. Era duro su gesto y parecía encantada de aquella ocasión que, también, en su genio de bruja, tal vez había previsto. El cuerpo del joven lidiador se desangraba espantosamente y ella sonreía viendo resbalar la sangre que ya caía al suelo en hilos gruesos.

La gente formó en torno del grupo macabro un muro impenetrable. Caía á plomo sobre ellos el sol. Algunas mujeres lloraban; los hombres se limpiaban con sus grandes pañuelos de hierbas el sudor de sus rostros montañeses.

El grito dado por la muchedumbre parecía oírse aún en el ambiente.

El «Pelele», cerca de la vieja; en los brazos la inseparable capa de brega, observaba aterrado á su amigo cuyos ojos, cerrados por la conmoción cerebral, creía abiertos y fijos en él.

—Hasta muerto — dijo á su lado tío Requejo— hasta muerto tiene este crío tipo de torero.

La boca del «Tarugo» era un costrón de

sangre y tierra, como sus cabellos. La vieja monstruosa, se movía en todos sentidos con agilidad de ardilla; vertía el agua con vinagre por el cuerpo del mártir y buscaba el rastro de las heridas como si las olfateara. La sangre roja, espesa, del muchacho infeliz, diluida en el agua, se desparramó en charcos lúgubres que la vieja pisaba indiferente. Varias veces le abrió los párpados, y, observándolos, meneaba con satisfacción su horrible cabeza de vampiro.

Las moscas debían conocerla bien, porque no se espantaban de sus gestos. La admiración del enorme grupo azuzaba su instinto y se sentía llena de un hediondo regocijo.

—Esa, decía un mozo de cabeza de buey, esa le cura aunque esté muerto. Mira tú si hizo nuevo al notario.

Una de las bravas mujerzuelas que veían la escena, sin pestañear, asintió.

—Es capaz, tía «Sabía», de eso..., ¡vaya! Bien duro de pelar era el cura y lo arregló los huesos, que está mejor hoy que cuando lo hizo Dios.

Fué un momento de tremenda angustia ver á la vieja esgrimir el ancho cuchillo de matanza. Muchos calzonazos se taparon los ojos, acobardados ó medrosos. Se oían los chillidos de los niños, que querían ver, y voluntariosos se habrían paso en la masa de gente. Los ve-

cinos se avisaban unos á otros, y por momentos se estrechaba el círculo de los campesinos en torno de la horrenda mesa de disección. Al contacto de la hoja acerada, la pierna del «Tarugo» se estremeció un poco; el «Pelele» quiso avanzar para impedir la consumación; pero el tío Requejo lo arrojó violentamente, diciéndole:

—¡Déjala hacer!... Los toreros tenéis carne de perro.

Y el enorme cuchillo se hundió en la «carne de perro», y «Pelele», que no hubiera gritado en el cuerno de un toro aunque se lo hubiera clavado hasta la misma cepa, dió un grito bestial. Su alarido conmovió á los espectadores, haciéndoles desear ver más de cerca la función siniestra. Las apreturas motivaron instantes trágicos. La masa de la gente invadía los charcos de sangre y se señalaban unos á otros los huecos que los cuernos abrieran en el cuerpo del torero, los verdugones morados y bermejos, semejantes á trallazos furiosos dados en una piel muy fina; las ampollas hinchadas de líquido viscoso; las desgarraduras que las pezuñas del toro le habían producido.

Querían ver aquellos campesinos con la bárbara tenacidad que los labriegos ponen en sus caprichos. ¿Y por qué no habían de ver?... La fiesta se había aguado y había que resar-

cirse con emociones nuevas, intensas, como aquélla, para volver al pueblo y contarlo, é ir por el camino explicándose el drama de cien modos, todos brutales, fuertes, machos. Y para ver se atropellaban furiosamente, á codazos, incrustándose, removiéndose en la masa hacia adelante, usando de las manazas y de los palos, sacando la cabezota para ver é irritándose por tardar en ocupar la fila primera. ¡Oh, aquellas caras de fortísimas barbas, de color cetrino, aquellos ojos agrandados desmesuradamente por el ansia de ver sangre!... Surgieron las disputas, esas discusiones que se llaman por lo rudas «brincas», los diálogos en fusas que se convierten en falansterio de voces donde todos hablan, tienen razón y la imponen sin ella. El gentío rugía convulso. Era necesario ver; y, por minutos, la opresión centuplicada en todas direcciones, quebrada y refractada por nuevos asaltos y fuerzas contrarias, se transformaba en impulsos bruscos que producía oscilaciones peligrosas, desgarrres, amontonamientos... Había que ver al torerillo y meter un dedo en las heridas y estremecerse con la visión del horror. Y empujaban inexorables.

Aquellos brazos esqueléticos, asquerosos, que tanto miedo causaran al pobre «Tarugo» se cebaban ahora bien en su cuerpo y su sangre juvenil los teñía... Veíase cruzar veloz-

mente la hoja del cuchillo, y la herida, ensanchada, ofrecía sus bordes cruentos doblados en atroces muñones de carne palpitante. La vieja sujetaba las venas ó ligaba las arterias de un modo primitivo y feroz. De su faltriquera insondable sacaba hilos, bramantes, fragmentos de sogas de esparto, hierbas secas, trapos inmundos, que manejaba con singular rapidez, sonriendo siempre, aunque tuviera, para dejar las dos manos libres, que ponerse en los dientes la hoja del cuchillo.

Puso en las brasas el hierro de un martillo y antes que nadie pudiera darse cuenta de lo que iba á hacer, quemó, abrasó, carbonizó. La carne temblaba bajo sus manos indescriptibles, bajo aquellos diez dedos que eran como otras diez pinzas de cirugía salvaje. Humeaba la carne... y el olor rechazaba las filas primeras de los curiosos. Las lágrimas caían por las mejillas de aquel «Pelele» de cabeza acarneada que no había llorado nunca. Hubiera preferido ver á su amigo toda una tarde en los cuernos del toro que en las manos de aquella horrible vieja muda.

Tío Requejo que miraba hasta hartarse gruñó:

—Pues si no cura es que no es de ley.

Las manos de la vieja voltijeaban sin cesar. Eran como garras de un grajo caídas sobre la carroña. Ahora tenía en ellas hacecillos de

plantas, de Dios sabe qué hierbas y las sepultaba en las heridas, en los boquetes, sin cuidarse de otra cosa que de obrar por obrar; mientras la muerte generosamente se apoderaba de aquella cara siniestramente blanca cuya boca abierta en fea mueca enseñaba las encías, de aquel cerebro no vuelto en sí todavía, que no había de volver en sí nunca...

Y la cura trágica seguía... no acababa. Primero, aquel cuerpo se estremecía; después, los movimientos eran semejantes á espasmos, á salidas de letargos que terminaban en sacudidas tremendas pero muy cortas; luego... el «Tarugo» no se movió más.

Su cabeza caída era inolvidable.

Tío Requejo dió fe de su muerte con espartana sobriedad.

—Este animal se ha empeñado en morir.

El «Pelele» lo miró con ojos agresivos. Tío Requejo le puso una mano en el hombro y sentenció así:

—Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...

«Pelele» huyó; tuvo miedo de la funesta abuela, de la curandera bárbara, de sus colaboradoras las moscas, del sol que veía todo aquello impasible, de aquella muchedumbre encanallada que no tenía compasión, comida por la curiosidad, por el deseo de estremecer sus nervios enfermos. Y corrió con ese paso

que ha hecho célebre el dicho castellano...
«como alma que lleva el diablo».

¡Ah!... Doña Amparo no supo jamás esto;
ni siquiera supo que su hijo había muerto.

Tío Requejo hizo su oración fúnebre.

—Qué lástima... ¡con el tipo de torero que
tenía este crío!...

LOS CABALLISTAS
DE
ARROYO DEL PUERCO